

## CERÁMICA ROMANA DEL MERCADO GRANDE DE ÁVILA. II. CERÁMICA DE MESA DE LOS NIVELES ROMANIZADOS

INÉS CENTENO CE\*  
JAVIER QUINTANA LÓPEZ\*

**Resumen:** En este artículo, segundo de una serie de tres, se analiza el abundante conjunto de cerámica de mesa documentado en dos niveles de época altoimperial exhumados en la Plaza del Mercado Grande de Avila. La presencia de varias producciones, entre las que destacan diferentes tipos de sigillata –tanto de filiación hispánica como importadas–, evidencia la progresiva e imparable integración de los habitantes de la vieja *Obila* en las redes comerciales del imperio romano a lo largo del s. I d. C.

**Palabras Clave:** Obila. Niveles altoimperiales. Cerámica de Mesa. Redes comerciales.

**Abstract:** This paper –the second of a series of three– looks at the large amounts of tableware pottery found in two Early Imperial levels at the archaeological site of Mercado Grande Square, Ávila. The presence of various types of ceramic wares, most notably domestic as well as imported *terra sigillata*, bear witness to the steady and unstoppable incorporation of the ancient Obila inhabitants into the commercial networks of the Roman Empire throughout the 1<sup>st</sup> century AD.

**Keywords:** Obila. Early Imperial levels. Tableware pottery. Commercial networks.

\* Alacet Arqueólogos, S.L

## 1. Presentación

El presente trabajo analiza el abundante conjunto de cerámicas de mesa documentado en dos niveles altoimperiales exhumados en el año 2001 en la abulense plaza de Santa Teresa por varios técnicos de nuestro gabinete. Estos materiales y los niveles que los contienen se integran en una secuencia mucho más amplia en la que destacan como “hitos” fundamentales, y junto a estos correspondientes a época romana, aquellos otros correspondientes a momentos pleno-bajomedievales, y aún otros de gran interés, que sin duda podríamos tildar de “prerromanos”, y que enlazan directamente con los propios orígenes de la ciudad. Fue precisamente el carácter excepcional de estos restos lo que determinó en su momento la realización de un estudio detallado, auspiciado por el Ayuntamiento de Avila (Quintana *et al.*, 2001), que incluía un análisis detallado del material asociado a cada uno de los niveles. Una versión de carácter eminentemente divulgativa, y por ello bastante aligerada en lo referente a cuestiones morfológicas o tipológicas de los conjuntos cerámicos analizados, ha visto la luz recientemente (VV.AA., 2003).

Este artículo pretende continuar el discurso iniciado en otro actualmente en prensa (Quintana *et al.*, e.p.), dando con ello salida a esa parte más técnica y arqueográfica relegada en la publicación divulgativa. En ese primer artículo analizábamos, juntamente con la secuencia aportada por el yacimiento, el conjunto de cerámica de mesa documentado en los niveles más antiguos, aquellos que enlazaban los primeros momentos de la ciudad y que nos permitían fechar su origen como núcleo habitado en el s. I a. C. Estos materiales presentan unas características eminentemente indígenas, que traducen claramente el carácter de una población en la que no parece haber calado aún la huella aculturadora de Roma.

Las características de los materiales que aquí analizamos esbozan, como veremos, un panorama bien diferente. Así, y junto a producciones que hunden sus orígenes en tradiciones y modos de hacer eminentemente indígenas, como es el caso de las características cerámicas pintadas de claro origen *vettón*, comparecen otras, como la terra sigillata, por citar quizás la más significativa, que evidencian la progresiva romanización e integración en las redes comerciales y culturales del Imperio de la población de la vieja *Obila*.

## 2. Cerámica de mesa de los niveles romanizados

Abordamos pues el estudio de aquellos niveles que sin ambages pueden ser calificados de romanos o, más estrictamente, de hispanorromanos, pues sus ajuares cerámicos reflejan la profunda transformación que el dominio romano está ejerciendo en la sociedad indígena, introduciéndola en un circuito comercial de ámbito mediterráneo marcado por los productos importados, cambiando los modos de cocinar y servir la comida y hasta la propia dieta, transformando los sistemas de construir y de vestir y mudando paralelamente las ideas y las propias bases de la organización social.

Recordemos que son dos los niveles que han aportado materiales romanos (Quintana *et al.*, e.p.). El inferior (U.E. 347, fase 7) aparece como relleno de una gran depresión excavada en el nivel natural posiblemente también en época romana y que ha destruido los niveles infrayacentes (fase 6). Desconocemos la función original que cumplió esta depresión, pero su relleno parece tratarse de una colmatación intencionada con desechos diversos, como carbones y huesos de fauna, entre los que aparecen los cacharros cerámicos de variada índole, además de algunos metales y hallazgos aislados de elementos constructivos típicamente romanos como las tégulas. El superior (UU.EE. 315, 341, fase 8) es un depósito bastante más potente que aparece por toda el área de excavación allí donde no está afectado por cimentaciones o superficies de intervención posteriores y que ha entregado una numerosa colección cerámica acompañada de tégulas, antefijas, algunas piezas de metal, fragmentos de molinos de mano, objetos de tocador en bronce, restos de recipientes de vidrio, etc. dentro de una matriz en la que abundaban los carbones, cenizas y huesos de fauna. Se trata, pues, de un estrato de desechos y basuras aportado intencionadamente para nivelar el terreno o bien resultado de la acumulación en esta zona, que en este caso funcionaría como vertedero o muladar, de parte de los desechos generados por la población. La documentación de un piso terrero por encima de este estrato en la zona central de la unidad de excavación pudiera servir de argumento para defender la primera interpretación, pero en realidad desconocemos, ya que no ha aportado fósiles arqueológicos, si ese piso es la última huella de esta ocupación romana o la primera de la etapa medieval, pues por encima del depósito, fechable como veremos en la segunda mitad del siglo I d. C., una nivelación efectuada a fines de la etapa medieval eliminó cualquier vestigio de los siglos intermedios.

De acuerdo con los preceptos metodológicos ya expuestos en el primero de los artículos que inician esta serie (Quintana *et al.*, e.p.), el repaso a los materiales aportados por estos dos niveles se hará de acuerdo a las diferentes producciones identificadas.

## 2.1 Nivel inferior

En este nivel los restos de vasos cerámicos recuperados nos han permitido individualizar un total de 86 vasos distintos representativos de diferentes producciones y funcionalidades.

<b>Servicio de mesa</b> 25 (28,73%)	<b>Vajilla de cocina</b> 52 (59,77%)	<b>Cerámica de almacén</b> 10 (11,49%)
Terra sigillata itálica: 1 Terra sigillata subgálica: 2 Terra sigillata hispánica: 6 9 (36%)	Cerámica común: 52 (100%)	Cerámica común: 10 (100%)
Cerámica pintada: 6 (24%)		
Cerámica común engobada: 1 (4%)		
Cerámica común: 7 (28%)		
Cerámica gris bruñida: 2 (8%)		

Como vemos, la vajilla está dominada por los productos destinados a las cocinas seguidos por los recipientes de almacenamiento, pero sus porcentajes han descendido considerablemente respecto a los niveles basales (Quintana y Centeno, 2003: 53, 55), pues si la cerámica de cocina alcanzaba allí cerca del 85% aquí no llega ni al 60%, reducción que se debe al incremento experimentado por el servicio de mesa que de apenas un 10% en el estrato anterior representa ahora más de un cuarto de los materiales recuperados. Es esta categoría funcional la que ofrece más novedades, pues junto a las cerámicas pintadas y a las producciones bruñidas comparecen por primera vez sigillatas, tanto importadas como producciones hispánicas, algunas formas de cerámica común destinadas al servicio de mesa o un pequeño cuenco de cerámica engobada, que también hace ahora acto de presencia en la secuencia.

Esta diversificación funcional y de producciones parece un claro síntoma del inicio de la romanización de la sociedad, que introduce nuevas costumbres de comer y servir la comida que precisan de una nueva vajilla. En el repertorio de cocina y almacén (que será objeto de estudio en el tercero y último de los artículos de esta serie) por el contrario, no observamos excesivas variaciones, aunque se introducen algunos tipos nuevos que sin duda responden también a los nuevos modos culinarios.

Por lo que respecta a los otros materiales, y aunque exceda los objetivos marcados para este trabajo, la aparición de algunos fragmentos de téglulas y de antefijas demuestra que ciertos edificios ya se están construyendo al gusto romano, y la presencia de una fibula en omega típicamente romana prueba de igual modo que también en el vestido se van introduciendo nuevas modas.

### **Terra sigillata**

El depósito que incluye estos materiales -UE 347- se circunscribe, como hemos apuntado, a un sector reducido, lo que quizás pueda estar explicando la relativa escasez -sobre todo si lo comparamos con el nivel superior- del conjunto de sigillata recuperado. Pero quizás esta circunstancia pueda estar vinculada también a cuestiones de índole cronológico. No hay que descartar en este sentido la idea de que el conjunto corresponda a un momento en el que las diversas producciones de sigillata aún no se han generalizado y han “colonizado” de modo intensivo los mercados. Esta circunstancia explicaría además la práctica ausencia de los motivos decorativos más prototípicos y genuinos quizás de las producciones hispánicas, como son los propios de los esquemas metopados o de círculos. Pasemos tras estos primeros apuntes a “vuela pluma” a analizar el conjunto de modo detallado.

Se ha recuperado un único ejemplar itálico. Se trata del fondo de un plato (Fig. 1, nº 5) cuya forma concreta no puede determinarse, que presenta dos ranuras concéntricas al interior. De pasta rosácea muy bien decantada y tamizada y barniz rojizo mate, la analítica practicada a la pieza parece indicar su procedencia de los talleres del valle del Po<sup>1</sup>.

El nivel ha aportado tres piezas de adscripción sudgálica, cuya vinculación concreta hay que establecer, sin lugar a dudas, con los talleres de la zona de *La*

<sup>1</sup> Los resultados de las analíticas practicadas a esta y otras piezas de ambos depósitos se incluyen en un anexo en esta publicación. Vaya por adelantado nuestro agradecimiento a los investigadores del departamento de Arqueología (M<sup>a</sup> Victoria Romero Carnicero) y Cristalografía y Mineralogía (Alejandro del Valle González, M. P. Niño Sacristán y F.J. Álvarez López) de la Universidad de Valladolid por su colaboración.

*Graufesenque*, en el Aveyron francés. La pasta presenta la típica coloración rosácea, muy bien decantada y tamizada siendo la capa de barniz, rojizo y muy brillante, muy densa y adherente. La clasificación tipológica ha sido realizada con las tablas sistematizadas por Vernhet a partir de las tipologías clásicas (Vernhet, 1986: 96-103). Estas tres piezas presentan características físicas y morfológicas propias del periodo julio-claudio, aportando cronologías propias del reinado de Claudio.

Contamos en principio con un fragmento de borde de un cuenco tipo Drag. 24/25. Éste, de tendencia rectilínea y no exvasada, se encuentra decorado a ruedecilla y presenta el labio perfectamente marcado al interior por una pequeña ranura. La pared, rectilínea, se engrosa hacia la base y se encuentra dividida por la típica moldura o baquetón de sección semicircular. Se trata de un cuenco de dimensiones no muy amplias, del tipo que parece generalizarse en los talleres del sur de la Galia a partir del año 40 d. C.

Sudgálico es también un pequeño fragmento de borde de un cuenco hemiesférico tipo Ritt 8, de muy reducidas dimensiones (Fig. 1, nº 1). Presenta al interior, como en el caso de la pieza anterior, una ranura que delimita la zona del labio, característica ésta que, junto a las propias de pasta y barniz, nos permite establecer su filiación gálica.

La última pieza es un pie alzado de forma anular, posiblemente correspondiente a un cuenco o copa, que presenta el extremo de la cartela de un sello en su base. Lamentablemente nada nos permite averiguar la identidad del alfarero.

El resto del conjunto recuperado puede adscribirse a los tipos hispánicos. El estudio tipológico-decorativo ha sido realizado atendiendo a criterios perfectamente conocidos, recogidos y tipificados por autores como F. Mayet (1984), M<sup>a</sup> A. Mezquiriz (1985) o M<sup>a</sup> V. Romero (1986) entre otros. Desde el punto de vista tipológico se han seguido los criterios de atribución señalados en el Boletín del M.A.N (Museo Arqueológico Nacional), t.I, 2 de 1983.

Entre las formas lisas documentamos el servicio flavio constituido por la copa Hisp. 35 y el plato Hisp. 36 (Fig. 1, nº 2). Las reducidas dimensiones de los tres ejemplares documentados no nos permiten apenas apreciar sus peculiaridades aunque sí podemos apuntar que al menos uno de los platos (Fig. 1, nº 2) presenta el borde vuelto, incurvado hacia abajo, detalle morfológico éste que nos permite apuntar una cronología temprana, que no creemos supere el umbral del s. I d.C.

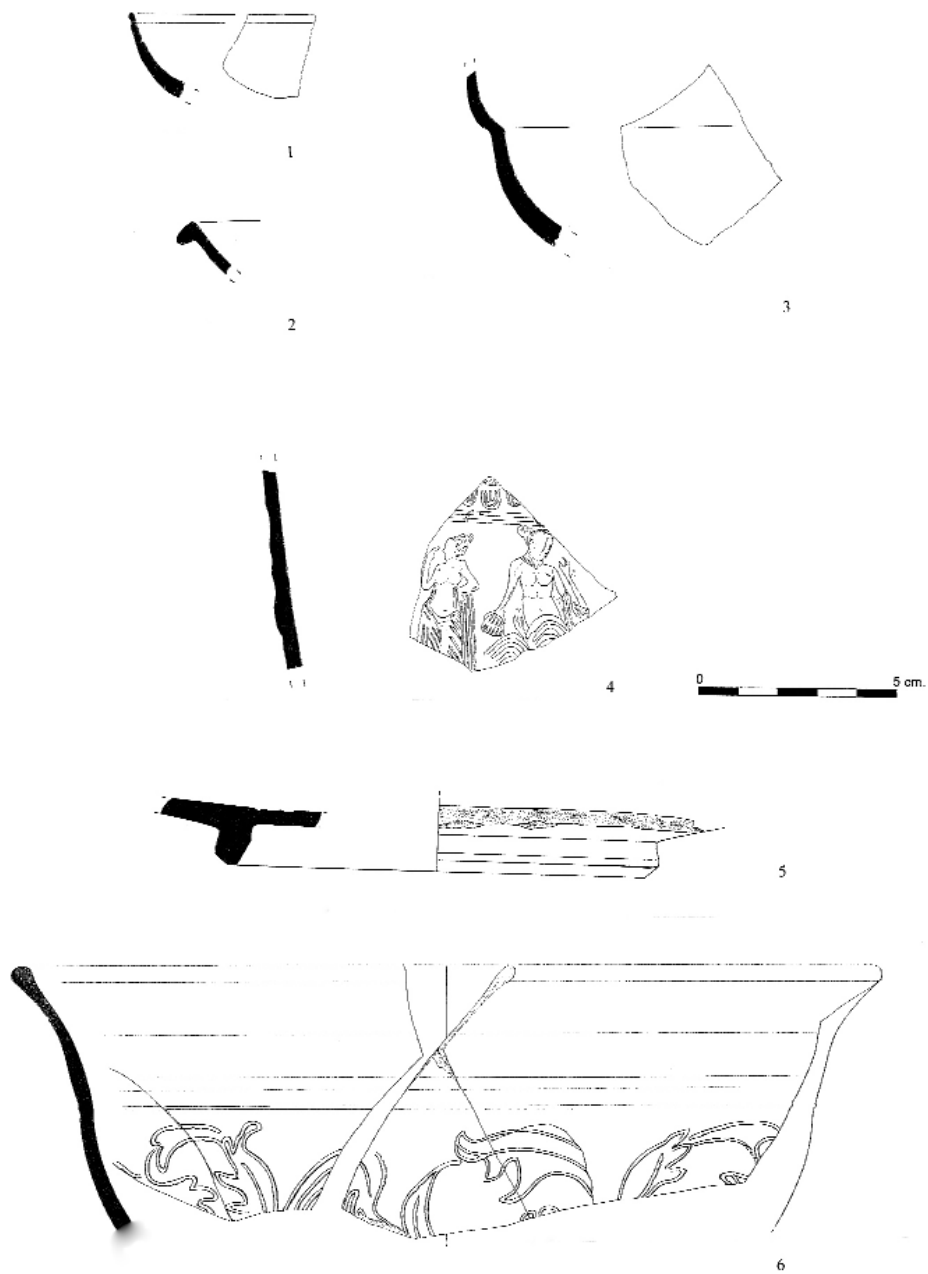


Fig. 1.

Representada está también la copa tipo Hisp. 27 (Fig. 1, nº 3). No conocemos en este caso las características del borde aunque la disposición perpendicular del cuarto de círculo superior con respecto a la trayectoria del resto de la pared nos permite augurar una cronología no muy tardía.

El elenco de formas lisas se completa con dos pequeños fragmentos de borde que parecen corresponder al cuenco hemiesférico Hisp 8. La gran variedad que presenta esta forma y su notable perduración en el tiempo no nos permite establecer muchas precisiones acerca de su cronología concreta.

Escaso resulta también el conjunto de vasos decorados de filiación hispánica. Comparece un fragmento de pared y arranque de borde atribuible al cuenco carenado Hisp. 29. De pasta rosácea, presenta un barniz de tonalidad rojizo mate muy poco denso, lo que podría estar apuntando el carácter temprano de la pieza, adscribible quizás a un momento en el que se están aún experimentando diferentes “modos de hacer”. Esta hipótesis parece estar avalada por la decoración que desarrolla: una guirnalda con unos resabios muy intensos aún de los prototipos sudgálicos.

Junto al cuenco carenado Hisp. 29 comparece ya el cuenco hemiesférico Hisp. 37, representado en este depósito por un fragmento de borde de reducidas dimensiones. La pieza se encuentra fragmentada a la altura del arranque de la pared, por lo que no aporta información decorativa alguna. Adscribible muy posiblemente también a esta forma 37 es un fragmento de pared que conserva el arranque de dos registros decorativos separados por dos molduras: en sendos frisos parece conservarse el arranque de dos círculos sogueados de amplias dimensiones, al modo de los medallones sudgálicos.

Inciendo quizás en esta temprana cronología está una de las piezas sin duda más excepcionales del conjunto recuperado en la Plaza de Santa Teresa. Se trata de un vaso de paredes rectas (muy posiblemente una forma Hisp. 30) que desarrolla una escena narrativa bajo un friso de ovas (Fig. 1, nº 4). Se reconocen en concreto dos figuras femeninas: una de ellas, desnuda, parece salir del agua con una concha en la mano; la otra, semidesnuda, observa la escena apoyando su brazo izquierdo en una columnilla. Aunque no puede precisarse por lo fragmentado de la pieza es posible que represente un tema tan genuino de la mitología clásica como el nacimiento de Venus, aunque no contamos, en los repertorios de sigillata hispánica, con paralelo alguno para tan singular punzón.

En definitiva, tanto las importaciones itálicas y gálicas como gran parte de las hispánicas remiten a un momento temprano, sin duda preflavio. Sin embargo, la presencia en el conjunto del servicio constituido por el plato y copa Hisp. 36 y 35 o del cuenco Hisp. 37 apunta una cronología posterior, del último tercio del s. I. d. C., flavia



por tanto, como fecha de formación del depósito. La menor abundancia de este tipo de piezas con respecto a las que parecen apuntar cronologías más tempranas quizás esté indicando una fecha de deposición del conjunto en un momento no muy avanzado de este último tercio del siglo I d. C. Junto a estas piezas de cronología altoimperial documentamos fragmentos correspondientes a dos vasos de TSHt, adscribibles en concreto a la forma 37t. Su presencia en el nivel no puede interpretarse más que como intrusiones posteriores, sin duda vinculadas a los intensos procesos de ocupación y de remoción que parece haber sufrido el solar a lo largo de la historia.

La primera de estas piezas presenta una decoración de grandes semicírculos rellenos de zig-zag -tipo 3 A/ 5-1 de López Rodríguez (López, 1985)- separados al exterior por un motivo vegetal muy esquematizado -3D/ 40-.

Destaca por su singularidad la segunda de estas piezas, de la que se han recuperado también numerosos fragmentos en un nivel superior, correspondiente ya a época medieval, UE 345 (Fig. 1, nº 6). Presenta una extraña decoración vegetal no documentada hasta el momento en los repertorios de sigillatas tardías existentes, configurada en concreto por una serie de guirnalda que rodean, en forma de banda o friso, el perímetro del vaso. Este tipo de decoración se ha realizado con una técnica diferente a la comúnmente utilizada, de modo que las impresiones en el molde no han sido realizadas con uno o varios punzones sino con un instrumento cortante con el que se traza el tema a mano alzada.

La cronología que aportan estas piezas remiten ya al s. IV. Las últimas investigaciones parecen fijar el inicio de la forma 37 t en el primer tercio del s. IV (Juan Tovar, 2000: 105), descartando con ello la idea de Paz Peralta de que se trataba de una forma de tardía implantación que no llegaba a suplantar a la 37 clásica hasta el tercer cuarto del s. IV (Paz Peralta, 1991: 117-118). Por su parte la decoración de la primera de las piezas descritas, esquema característico del denominado Tercer Estilo, apunta cronologías propias ya del último tercio del s. IV d. C. (Juan Tovar, 1997: 564; 2000: 105).

### **Cerámica pintada**

Hemos individualizado 6 vasos a partir de sus bordes. Con tan escasa muestra no podemos hacer grandes precisiones formales, respondiendo en general a tipos ya conocidos en el último nivel indígena, cuya producción tardoceltibérica se prolonga en este nivel. Como dato importante podemos citar que carecemos de importaciones clunienses o de formas propias de la cerámica altoimperial pintada de la Meseta Sur, que

abundan en los mercados de la segunda mitad del s. I d. C, fundamentalmente en sus últimas décadas.

*Vaso de borde exvasado y carena moldurada.* Tres fragmentos de bordes y dos galbos remiten a precedentes de la forma Abascal 2 (1986: 64, fig. 24). Son recipientes de entre 150 y 190 mm de boca (Fig. 2, nº 1) y carena marcada por suave moldura (Fig. 3, nº 5 y 6) y normalmente decorados en la parte superior del vaso con bicromía rojo-negro.

Dado que no proceden de Clunia, hemos de suponer que estas piezas salen de los mismos talleres de la Meseta Sur o de la propia área vettona que abastecen a los niveles tardovettones.

*Cuenco o copa de borde redondeado.* Con dos ejemplares de borde y un fuste es el segundo tipo mejor representado, manteniendo la misma forma que en los niveles indígenas. Así, son vasos de 150 mm de boca decorados al interior con una banda rojiza (Fig. 2, nº 2) que apoyan en algunos casos en fustes poco desarrollados con pies abiertos (Fig. 2, nº 4).

Resulta significativo que en este nivel todavía se mantengan la producciones tardoceltibéricas sin que hagan su aparición los cuencos y copas de borde engrosado y labio afilado tan características de las producciones altoimperiales de la Meseta Sur en la segunda mitad del siglo I d. C. (Abascal Palazón, 1986: 107).

*Vaso globular de borde saliente.* Este vaso de perfil globular, similar a una pequeña olla, ya comparece en el nivel precedente y ofrece aquí un único representante (Fig. 2, nº 3) decorado con bandas rojizas sucesivas. Ya dijimos que esta forma es propia de los conjuntos tardío de la Meseta Sur y que dará lugar a la forma Abascal 18 de la cerámica pintada romana de tradición indígena, aunque en ambientes no romanizados más cercanos hay que insistir en su presencia en El Raso (Fernández Gómez, 1986: fig. 43, 10).

*Cuenco carenado.* Un único fragmento remite a la forma de cuenco carenado, con la parte superior recta y la inferior cóncava. Nuestra pieza está ornada con arcos colgantes de la carena y un posible esquema metopado en la zona recta (Fig. 3, nº 1). Esta forma se populariza a partir de los años 60-70 d. C. desde el taller de Clunia (forma Abascal 3), pero está presente en niveles tardoceltibéricos en yacimientos de la Meseta Norte como Roa (Sacristán, 1986: 241, lám. LXXXVII).

En las decoraciones ya hemos citado que vuelven a comparecer las bandas vinosas en el interior de los bordes de formas abiertas, remarcadas o no por líneas negras (Fig. 2, nº 1) o al exterior reservando espacios para los motivos pictóricos en negro (Fig. 2, nº 1; Fig. 3, nº 2, 3 y 4); o bien sirviendo en un caso de fondo a uno de esos motivos

(Fig. 3, nº 5). Los motivos pictóricos aparecen como en el nivel precedente bien en frisos corridos o bien en composiciones metopadas limitadas por grupos de líneas verticales (Fig. 2, nº 1; Fig. 3, nº 1).

Contamos con los motivos geométricos habituales de espacios reticulados o arcos colgantes, añadiendo otro como es el friso de puntos (Fig. 3, nº 1, 2 y 3). En cuanto a los figurados, comparecen de nuevo las estilizaciones de patos (Fig. 2, nº 1; Fig. 3, nº 5) y aparece un motivo vegetal nuevo, una flor cuatripétala que recuerda a otra pieza de la necrópolis de Las Ruedas en Pintia (Fig. 3, nº 6) (Sanz Mínguez, 1997: 160, 272).

En resumen, en este nivel, primero con sigillatas, el ambiente de las cerámicas indígenas es tardoceltibérico, sin muchas modificaciones respecto a los niveles previos, pues no se han incorporado ni piezas de Clunia ni producciones altoimperiales de la Meseta Sur como los cuencos de labio afilado, que abundan en los mercados en las últimas décadas del s. I d. C. Con ello el ambiente retratado se asemeja al que vemos en otros castros vettones romanizados, como Ciudad Rodrigo o Salamanca, donde se repiten los temas de aves estilizadas, los frisos de puntos o la bicromía (Martín Valls, 1976; Misiego *et al.*, 1999: 203, fig. 4; Martín Valls *et al.*, 1991: 157, fig. 10).

### **Cerámica común**

Dentro de la cerámica común, aquellas formas destinadas al servicio de mesa son minoritarias, habiendo distinguido a partir de los bordes 7 ejemplares representativos de tres formas distintas, aunque dos de ellas tan sólo por una única pieza. A pesar de tan escasa presencia, resulta una novedad en este nivel que se elaboren recipientes de cerámica común para las mesas, pues en el estrato anterior y pese al mayor número de cacharros que ha entregado no hemos reconocido ni uno solo con este destino. Las formas advertidas son las siguientes:

*Jarras grandes (Urceus/Urceolus)*: cinco ejemplares parecen representativos de esta forma de bocal de ancha boca y cuello poco diferenciado, a la que debe corresponder también alguno de los fragmentos de asas, si bien desconocemos si nuestras piezas pudieron llevar pico vertedor. Constan siempre de un borde inclinado exvasado y corto cuello recto y seguramente un asa y base plana (Fig. 4, nº 1), con un diámetro de 140 mm. Se puede relacionar con la forma Vegas 44, con una dilatada cronología entre el siglo II a. C. y el II d. C. y amplia difusión (Vegas, 1973: 103 y figs. 36 y 37). En ámbitos cercanos al nuestro la encontramos en el campamento de Rosinos en Zamora (Carretero Vaquero, 2000: 677-688 y figs. 341-345), en Lugo (Alcorta Irostarza, 1995: 221-222 y fig. 12, 1), en Huerña y Corona de Quintanilla (Domergue y Sillieres, 1977:

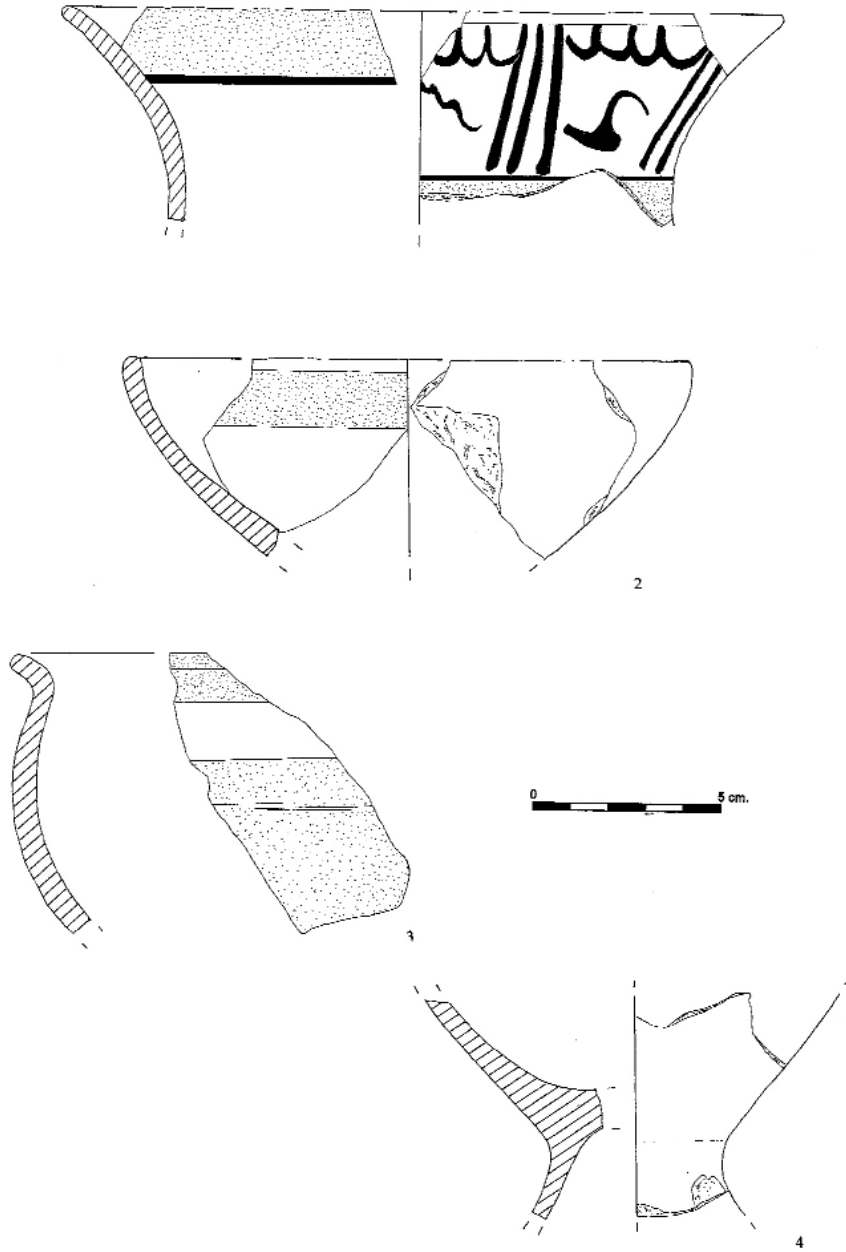


Fig. 2

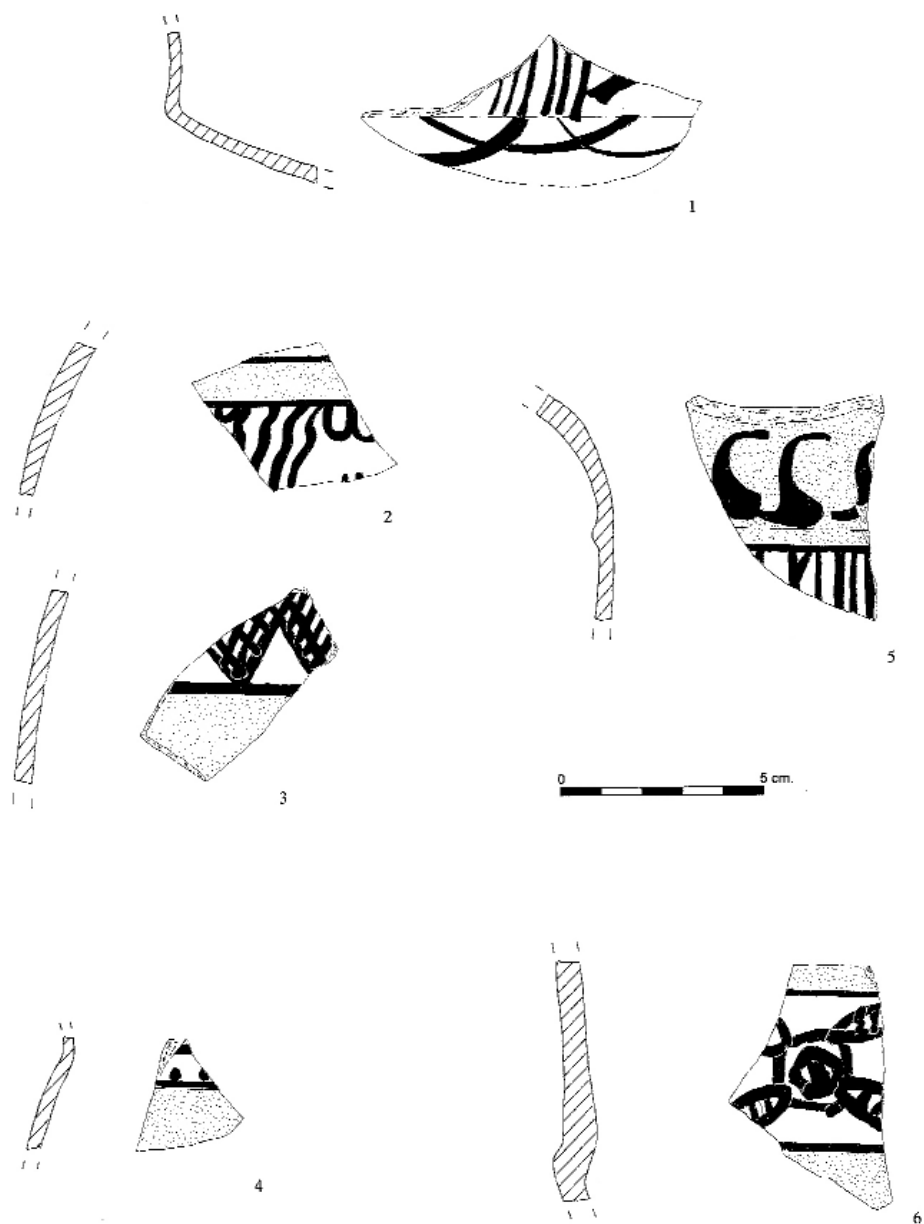


Fig. 3

157, 116-117). Algunos autores identifican este tipo de jarra o jarro con los *Urceus/Urceolus* de los textos clásicos (Escrivá, 1995: 172).

*Plato o cuenco de borde sencillo (Catinus)*: un ejemplar responde a la forma de cuenco o plato hondo con borde sencillo ligeramente engrosado. Presenta un diámetro de 260 mm (Fig. 4, nº 2). Esta forma se asemeja al tipo 14 de Vegas (1973: 43-44, figs. 14 y 15) si bien carece de borde bífido o escalonado. Este tipo de plato de borde sencillo está muy representado en Rosinos (Carretero Vaquero, 2000: 661-665, figs. 331-332, 352-353) fechado a partir del último tercio del siglo I d. C. También en Mérida, y con gran difusión en la Lusitania (Alvarado y Molano, 1995: 290. fig. 11) en la segunda mitad del I d. C., y en la Bética (Serrano, 1995: 235, figs. 6 y 7) también a fines del I d. C.

En el caso de nuestro ejemplar la ausencia de signos de fuego la asignaban al servicio de mesa, pero varios autores ya citados señalan la ambivalencia de estas piezas para mesa y cocina.

*Cuenco de borde saliente*: se trata de un cuenco de borde exvasado y pequeño tamaño, con 130 mm de diámetro y superficies alisadas, que se asemeja a la forma Vegas 8 (Vegas, 1973: 34-36, figs. 7 y 11), con fechas desde el siglo I d.C. Su función como bol o cuenco de mesa parece clara a tenor de su acabado y pequeñas dimensiones, máxime al contar con otro ejemplar de la misma forma en cerámica engobada, como veremos luego.

### **Cerámica común engobada**

Como acabamos de citar, contamos con un ejemplar de superficies bruñidas y color negro resultado de su cocción reductora, que porta en la zona del borde un engobe poco denso de tono rojizo. Responde a la forma de *cuenco de borde saliente* y tiene unas dimensiones de 140 mm de diámetro, encontrando para esta pieza un directo paralelo en la forma de cerámica común descrita. De aquella parece claro su origen local, pero desconocemos si éste es también el de las escasas cerámicas engobadas halladas en el yacimiento.

Aunque difiere notablemente por las características del engobe, la morfología y la propia aplicación de un engobe especial recuerdan a la producción de Lugo (Alcorta, 1995: 225), distribuida por la zona noroeste de la Península (Beneítez *et al.*, 1999).

### Cerámica gris bruñida

Esta producción propia de los ambientes tardoceltibéricos de la Meseta Norte, parece que en el caso de Ávila perdura más allá de época sertoriana, punto final otorgado para estas producciones en Coca o Pintia (Blanco García, 1993; Sanz Mínguez, 1997: 310-311), compareciendo en nuestro enclave hasta al menos finales del siglo I d. C.

En este nivel hay dos únicos ejemplares de esta producción que remiten a dos formas distintas. Uno es un fragmento del borde con moldura en el arranque del cuerpo de un vaso seguramente acampanado o con suave carena (Fig.4, nº 3), forma que como hemos dicho es la más habitual para este tipo de cerámica con paralelos en los yacimientos mencionados.

El otro es un recipiente mayor, posiblemente ovoide, cuyo cuerpo está decorado con estampillas, una circular con radios y la otra de forma subrectangular y con motivo reticulado (Fig. 4, nº 4). Esta última decoración aparece en el poblado de El Raso (Fernández Gómez, 1986: 473-474) lo que refuerza la idea ya expuesta por Sanz Mínguez de que el origen de esta decoración estampillada en las producciones de cerámica gris bruñida de fines de la Edad del Hierro hay que buscarla en el círculo vetón (Sanz Mínguez, 1997: 310-311).

Fruto también de otras tradiciones locales de cerámica estampillada como las de los castros gallegos y asturianos son los ejemplares de época romana que aparecen en Lugo (Alcorta, 1995) o en el Chao de San Martín (Beneítez *et al.*, 1999: 30-31, figs. 6 y 7), aunque los temas de los punzones difieran claramente de los nuestros.

En resumen, el material analizado parece aportar un ajustado lapso cronológico para el nivel que le contiene. Si la única pieza de sigillata itálica puede datarse a lo largo de toda la primera mitad del s. I d. C., parece más factible pensar en una cronología tardía para la misma, posiblemente de época de Claudio, en consonancia con las importaciones del sur de la Galia, cuyo auge se sitúa precisamente entre los reinados de Claudio y Nerón. Por su parte las sigillatas hispánicas remiten de modo mayoritario a momentos preflavios, aunque no podemos olvidar la presencia de algunas piezas que remiten ya a este último tercio del siglo, muy posiblemente en sus primeros momentos, si damos crédito a su rareza y a la ausencia de cerámicas pintadas de tradición indígena del taller de *Clunia*, que inundan los mercados a partir de los años 60/70, o de cuencos de labio afilado de los talleres de la Meseta Sur. Parece que estamos pues ante un puntual echadizo aportado para rellenar una depresión previa en los primeros años del último tercio del s. I d. C.

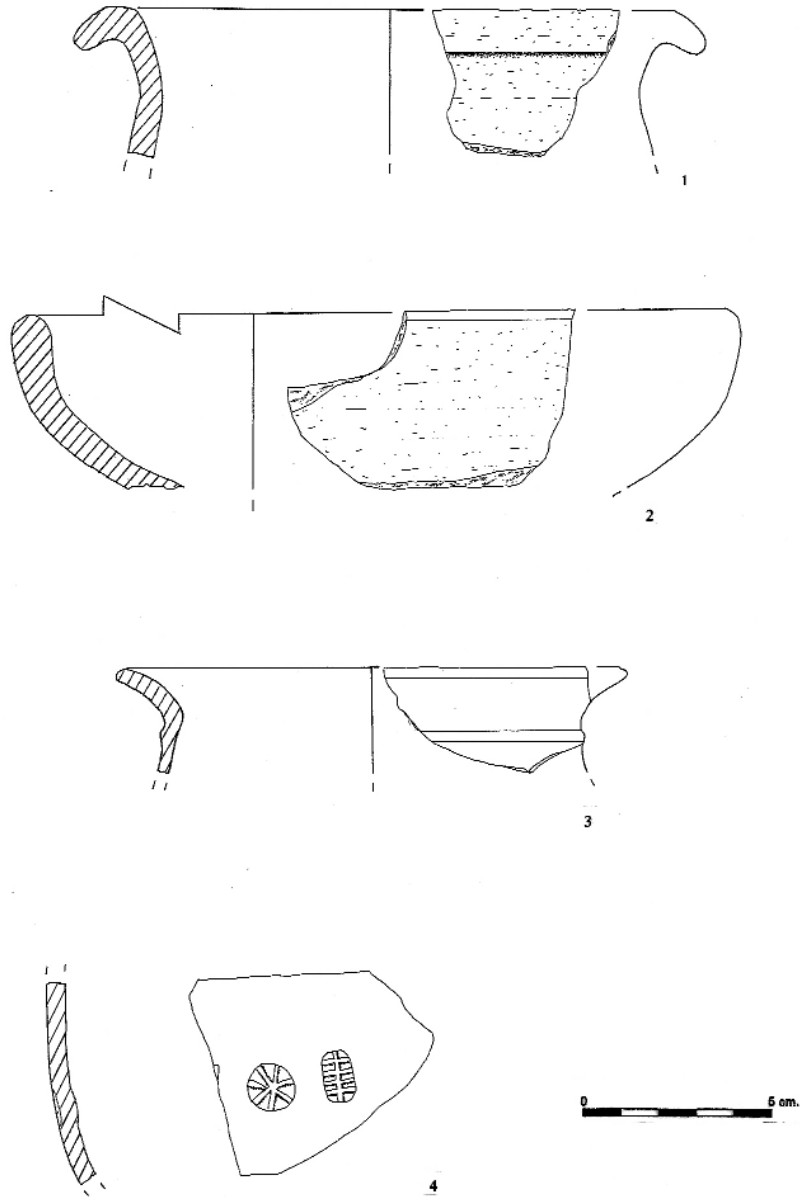


Fig. 4.



## 2.2. Nivel Superior

Este nivel es el que mayor número de restos cerámicos ha proporcionado de toda la estratigrafía prerromana y romana de “El Grande”, entre todos ellos hemos podido reconocer un total de 404 vasos de muy variada tipología

<b>Servicio de mesa 164 (40,59%)</b>	<b>Vajilla de cocina 188 (46,53%)</b>	<b>Cerámica de almacén 52 (12,87%)</b>
Terra sigillata itálica: 2 Terra sigillata subgálica: 7 Terra sigillata hispánica: 84 93 (56,70%)	Cerámica común: 173 (92,02%)	Cerámica común: 51 (98,07%)
Cerámica pintada: 31 (18,90%)	Cerámica común engobada: 15 (7,98)	Cerámica común engobada: 1 (1,23%)
Cerámica gris bruñida 4 (2,43%)		
Cerámica común engobada: 8 (4,87%)		
Cerámica común: 27 (16,46%)		
Paredes finas: 1 (0,60%)		

Comparando los distintos servicios con los del nivel precedente, comprobamos como los porcentajes de la vajilla destinada al servicio de mesa han experimentado un incremento significativo de más de 13 puntos, por lo que su porcentaje se aproxima bastante más al de la vajilla de cocina, que si bien sigue siendo el grupo mayoritario, por primera vez no alcanza la mitad de la muestra. Siguiendo con el servicio de mesa, se observa un aumento también importante de los vasos de sigillata, preferentemente de la producción hispánica, a costa de los recipientes de tradición indígena como los vasos pintados o la cerámica bruñida, que de manera repentina decrecen en cerca de seis puntos porcentuales. Como valor más testimonial sigue quedando la cerámica común engobada o pintada y aparece por primera vez un recipiente de paredes finas. Las otras categorías no ofrecen más novedad en cuanto a las producciones que la presencia de forma minoritaria pero significativa de cerámicas comunes engobadas o pintadas que

comparten las cocinas y despensas con los mayoritarios productos de cerámica común. En esta categoría y, sobre todo, en la cerámica común destinada al servicio de mesa se asiste en este nivel, como veremos a continuación, a una explosión en la diversificación de las formas. Así, si en la cerámica común de mesa de la fase previa tan sólo distinguíamos tres formas distintas, ahora el repertorio diferencia ocho, y lo mismo sucede con los recipientes de transformación culinaria, que pasan de tres a siete formas. En los almacenes, y junto a dolias y orzas comparecen ahora otras grandes tinajas y un fragmento de ánfora que nos lleva directamente al transporte de mercancías. El estudio de estas piezas se abordará en el último de los artículos de esta serie.

Las dos tendencias que parecen marcar el nivel, la disminución en el peso de los productos de tradición indígena a favor de los modelos romanos y la complejidad creciente en las cocinas, mesas y almacenes de las casas de *Obila*, son sin duda buena prueba de esa transformación social a la que venimos asistiendo desde los niveles inferiores y que ahora, al diluirse la cultura vettona dentro de las formas hispanorromanas, parece ir concluyendo, aunque la tradición local aún pueda rastrearse. Esta transformación no se queda, por supuesto, en la vajilla, pues alcanza otras esferas del ámbito doméstico como la iluminación, ya que es en este nivel donde por primera vez tenemos restos de lucernas, con lo que eso significa respecto a la importación de aceites, también contamos con piezas de bronce identificables con remaches de muebles o con instrumentos de tocador, que también se fabrican en hueso o vidrio, así como con restos de elementos constructivos romanos, como tégulas y antefijas.

### **Terra sigillata**

Mucho más abundante resulta, con respecto al nivel anterior el conjunto aportado por el segundo de estos depósitos, identificado en nuestro registro con las UU.EE. 315 y 341.

Contamos, como en el primer depósito, con alguna pieza itálica y con otras, más numerosas que las anteriores, de filiación sudgálica, aunque el grueso del material está compuesto por producciones hispánicas que presentan una cierta homogeneidad y que ofrecen unas cronologías centradas en la segunda mitad del siglo I de nuestra era.

Dos piezas resultan de filiación itálica. La primera se corresponde con el pie de una copita de no amplias dimensiones cuya forma concreta no es posible determinar por su reducido tamaño. La segunda se identifica también con el fondo de una posible copita que conserva los restos de un sello muy deteriorado inscrito en una cartela rectangular. La pieza se encuentra muy deteriorada y parece haber sido afectada por el fuego lo que, además de impedir la lectura del sello, ha alterado las características de pasta y barniz, que han adquirido una tonalidad más oscura, achocolatada.

En cuanto a la cronología concreta de estos vasos, únicamente podemos aportar dataciones genéricas. Parece claro en este sentido que este tipo de materiales alcanza los mercados del interior peninsular hacia el cambio de era, manteniéndose hasta época de Claudio, momento final éste al que parecen corresponder gran parte de las importaciones itálicas detectadas al menos en el interior meseteño (Pérez González, 1989: 195). Es posible en este sentido que nuestras piezas arriben al enclave abulense en estos momentos finales, juntamente con las más abundantes importaciones gálicas, aunque realmente tampoco podemos excluir la posibilidad de que se trate, al menos en algún caso, de importaciones tempranas, quizás incluso de en torno al cambio de era, que llegan a *Obila* con ese carácter de productos exóticos, extensible, por ejemplo, al plato legionario documentado en el último nivel indígena (Quintana *et al.*, e.p.).

Más abundantes resultan las piezas sudgálicas, que, como en el depósito inferior, parecen originarias de los talleres de La Graufesenque y ofrecen cronologías centradas en el final de la etapa julio-claudia, en época de Claudio y comienzos del reinado de Nerón, momento éste que se identifica como el de arranque del periodo de mayor desarrollo y esplendor de los talleres sudgálicos (Vernhet, 1986: 39). Hay que destacar también el hecho de que no documentamos en este depósito -el primero de estas características documentado en la ciudad de Avila- piezas correspondientes a los nuevos servicios sudgálicos de época flavia, lo que sin duda se debe al monopolio que en estos momentos ejerce en el mercado la boyante industria hispánica.

Como en el caso del primero de los depósitos analizado, estas piezas corresponden en su totalidad a formas lisas. Del mismo modo la pasta, de tonalidad rosácea, presenta un aspecto muy decantado y tamizado mientras que el barniz, rojizo brillante, se presenta en una capa densa y de buena calidad. Contamos en concreto con nueve ejemplares identificados con las formas Drag 24/25 (Fig. 5, nº 1), Drag. 27 (Fig. 5, nº 5), Ritt 5, Drag. 15/17 y Drag. 18 (Fig. 5, nº 2).

Los ejemplares de la forma Drag 24/25 (Fig. 5, nº 1) presentan el borde recto, decorado a ruedecilla. Una pequeña ranura marca y delimita el labio al interior de una de las piezas. Se trata en los dos casos de vasos de reducidas dimensiones, de un diámetro de unos 12 cm.

Dos ejemplares de Drag. 27 presentan un labio bien definido al exterior, de sección triangular y marcado al interior por fina ranurita. A estos habría que añadir una tercera pieza, una copita de 11 cm de diámetro (Fig. 5, nº 5) de pasta muy bien decantada y barniz intenso y muy brillante cuya morfología apunta claramente esta filiación, por más que la analítica practicada no resulte totalmente clarificadora al respecto. El elenco de copas representado se completa con un único ejemplar de Ritt 5.

Junto a estas comparecen dos ejemplares del plato Drag. 15/17. Se trata de dos fragmentos de borde de trayectoria recta, muy moldurados al exterior y con una pequeña ranura que delimita al interior el labio. Ambas piezas están fragmentadas en la zona de contacto de la pared con el fondo en el sector en el que habría de desarrollarse la característica moldura de cuarto de círculo.

Por último apuntar la presencia de un borde de plato Drag. 18 que presenta el labio indicado hacia afuera con una moldura de sección subcircular (Fig. 5, nº2)

Las producciones hispánicas resultan mayoritarias en el conjunto de sigillatas del depósito. Las características de pastas y barnices son las habituales de este tipo cerámico: las primeras, de tonalidad rosácea, con la incorporación en algunos casos de pequeñas partículas calizas; los segundos, de tonalidades rojizas más o menos intensas y más o menos brillantes. Analizamos en primer lugar las formas lisas, ligeramente más abundantes en la totalidad del conjunto que las decoradas.

Muy amplio resulta el elenco de formas lisas constatado. El tipo de vaso preferido resulta sin duda la copa. Comparecen sobre todo los tipos Hisp. 27 e Hisp. 35. Menor incidencia parecen tener otros como Hisp. 24/25 e Hisp 8, representadas en cada caso por un único fragmento. Junto a ellas constamos también la presencia de platos Hisp. 15/17 e Hisp. 36 y, en menor medida Hisp. 18 e Hisp. 4.

Entre las copas resulta pues muy abundante la Hisp. 27, forma de la que se han recuperado siete ejemplares que presentan características propias de un momento temprano (Fig. 5, nº 4). Se trata de varios vasos de pequeño diámetro (entre 9 y 13 cm) en los que el cuarto de círculo superior resulta notablemente más reducido que el inferior y presenta además una trayectoria perpendicular con respecto a la zona inferior de la pared. El labio se encuentra aún suavemente indicado al exterior sin que se documente ya ningún tipo de ranura al interior. Únicamente una pieza (Fig 5, nº 4) nos permite reconstruir el perfil completo, constatándose, además de las características señaladas, las propias del pie: de sección triangular, alto y esbelto, como es el caso de los prototipos sudgálicos y que muestra además un perfil anguloso en la unión de la parte interna del pie y el fondo externo del vaso.

Una pieza desentona en este conjunto y parece aportar una cronología ligeramente posterior, aunque no creemos que exceda en cualquier caso los límites de la primera centuria (Fig. 5, nº 6). Se trata de un vaso de mayores dimensiones -de 19 cm de diámetro-, de borde simple, no indicado al exterior, que presenta además el cuarto de círculo superior más amplio y de tendencia más exvasada y abierta con respecto al inferior que en los casos anteriores.

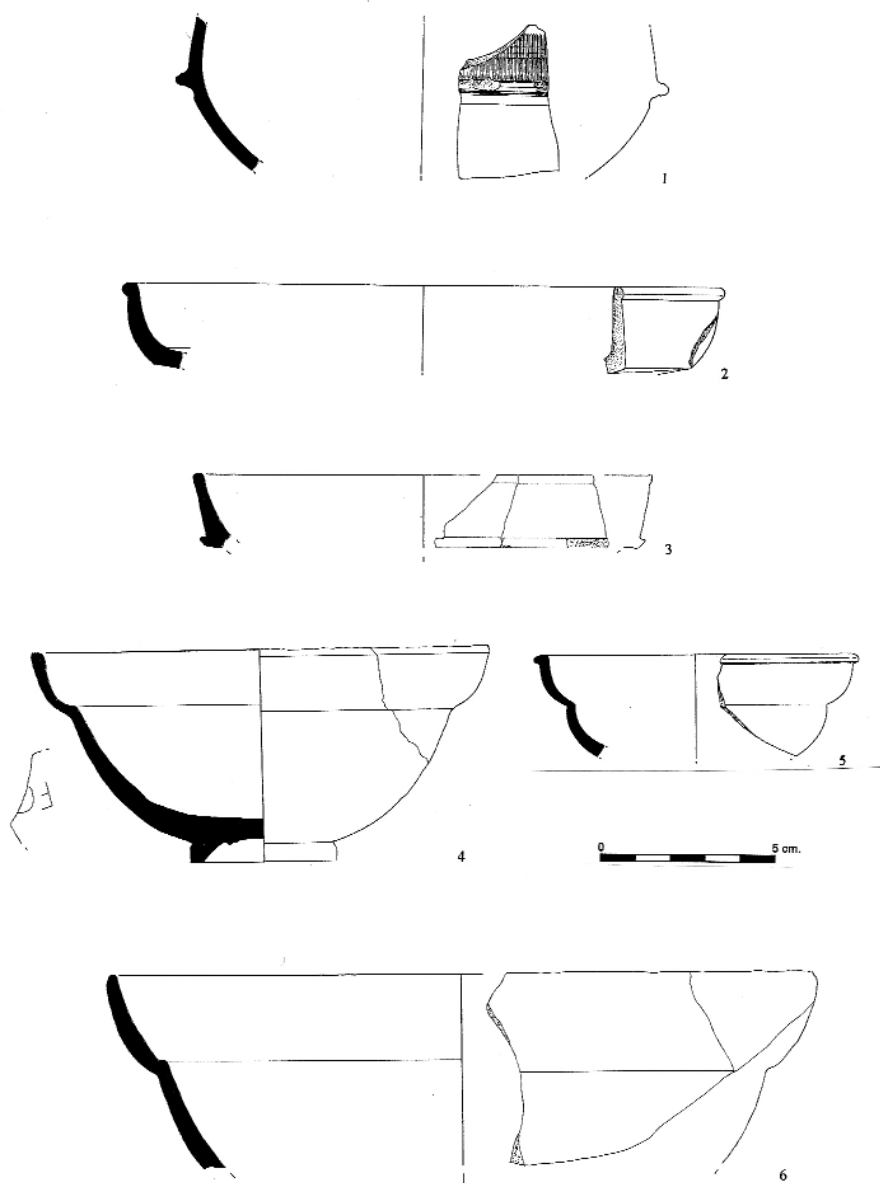


Fig. 5

Un único ejemplar nos permite constatar la presencia de la forma Hisp. 24/25 (Fig 5, nº 3), mejor representada pues, como hemos visto, en los tipos sudgálicos. En este caso se trata de una pieza de no amplias dimensiones (12 cm de diámetro) que remite a un momento inicial de su desarrollo formal, en el que los patrones de allende los Pirineos aún están muy presentes. Así, aunque la pieza no presenta en el borde decoración a ruedecilla, conserva una pequeña ranura que delimita el labio en su parte externa, presentando además este borde una trayectoria recta con respecto a la pared. Como es característico en esta forma, la pared se encuentra dividida por una pequeña moldurita de sección semicircular que recuerda igualmente los modelos gálicos.

Mucho más abundante resulta la copa Hisp. 35, que como es bien sabido configura juntamente con el plato o fuente Hisp. 36 el servicio típico de cronología flavia. Analizamos ambas formas, copa y plato, de forma unitaria dadas las similitudes morfológicas y cronológicas que presentan.

Son 19 las piezas documentadas, de las cuales 10 son adscribibles al vaso tipo copa -Hisp 35- y 7 al plato -Hisp. 36-. Otros dos fragmentos no tienen asignación precisa.

Las características morfológicas que presentan son las propias de un momento inicial, o al menos no muy avanzado, en el desarrollo de la forma, si bien no hay que olvidar que algunas piezas, pocas, anuncian ya los rasgos propios de lo que será este servicio en la segunda centuria. Hay que advertir también que todas las piezas identificadas son bordes, de tal manera que únicamente podemos señalar las características de éstos, careciendo por tanto de los detalles morfológicos relativos a los fondos, relevantes también a la hora de establecer el proceso evolutivo de la forma.

De los 10 ejemplares de Hisp. 35 reconocidos, cuatro de ellos presentan unas características que podríamos considerar iniciales o tempranas (Fig. 6, nº 3). Se trata de bordes vueltos, ligeramente incurvados hacia abajo y que presentan en su labio la típica decoración a la barbotina, herencia y copia del prototipo sudgálico. La transición entre el borde y la parte interna de la pared no se señala con ningún tipo de ranura como en los vasos galos, aunque sí se marca el cambio de trayectoria con un talud brusco y acusado (Fig. 6, nº 3).

Características ligeramente más evolucionadas presentan sin embargo tres últimas piezas. Se trata en algún caso de copas con el borde engrosado y sin decoración a barbotina. Más evolucionada resulta una última pieza de borde vuelto de trayectoria horizontal, sin barbotina, en la que, además, la transición del borde a la pared interior del vaso se realiza a través de una superficie convexa. Una pieza pues para la que habría que pensar ya en cronologías ligeramente más avanzadas (Fig. 6, nº 2).

Similares conclusiones podemos extraer del conjunto de platos Hisp. 36. Documentamos tres ejemplares con el borde incurvado hacia abajo y con la típica decoración a barbotina (Fig. 6, nº 1). Otros tres fragmentos no presentan barbotina aunque la trayectoria del borde es similar a los anteriores. La transición borde-pared en todo el conjunto de modo brusco, con un fuerte cambio de plano, lo que como ya hemos apuntado parece avalar su temprana cronología.

La forma Hisp. 15/17 se encuentra representada por algunos fragmentos de bordes ligeramente abiertos y, sobre todo, por dos piezas más completas que nos permiten apuntar algunos detalles morfológicos, que nuevamente apuntan cronologías no muy avanzadas.

La primera de estas piezas (Fig. 6, nº 6) presenta rasgos tempranos: fondo plano levantado sobre un pie de esbeltas proporciones, y unión fondo-pared marcada al exterior por fuerte inflexión y, al interior, por moldura de cuarto de círculo reducida y abombada.

La otra pieza parece confeccionada ya con patrones más plenamente hispánicos (Fig. 6, nº 5). El fondo presenta un trazado ligeramente ascendente y la amplitud de la moldura de cuarto de círculo es mayor. Esta zona de contacto se soluciona al exterior con una superficie achaflanada, lo que parece un signo de cierta antigüedad, al tiempo que la pared del vaso no se encuentra aún excesivamente curvada al exterior.

Junto a este plato, de difusión muy amplia en los enclaves de la época, como es bien sabido, documentamos también en nuestro yacimiento un ejemplar del plato Hisp. 18 (Fig. 6, nº 4) de borde recto.

El repertorio de vasos lisos se completa con el plato Hisp. 4 (Fig 6, nº 7). Se trata ésta última de una forma típicamente hispana que parece surgir ya, como en el caso del servicio conformado por la Hisp 35 y 36, en época flavia, para perdurar con gran esplendor durante todo el siglo II (Romero, 1985: 228; Pérez González, 1989: 336-337). Las características de nuestra pieza apuntan a un momento no muy avanzado, anterior muy posiblemente al s. II: así, y aunque la configuración del borde es ya la clásica del tipo -borde vuelto horizontal, con una anchura de 3 cm, que presenta decoración a ruedecilla enmarcada por dos acanaladuras-, las reducidas dimensiones del vaso (16 cm de diámetro) parecen las propias de este primer periodo.

Abundantes resultan también en este depósito, aunque en una proporción ligeramente inferior a las piezas lisas, los vasos decorados. El elenco formal aporta cronologías centradas igualmente en las últimas décadas del s. I d. C.

La forma Hisp. 29 esta representada por 13 fragmentos: 8 de ellos son bordes y 5 son fragmentos de pared correspondientes a la zona de la carena. Como es bien sabido, esta forma se incluye en los elencos formales propios de los primeros momentos de fabricación de las producciones de sigillata hispánica, no excediendo en cualquier caso su producción los años finales de la primera centuria.

Algunas de nuestras piezas apuntan a momentos tempranos, como una pieza (Fig. 7, nº 1) que presenta bajo el borde, en el arranque del cuerpo, dos baquetones, recuerdo sin duda de los prototipos gálicos. En otra pieza este cierto “sabor” sudgálico se conserva en la decoración: se trata de un esquema metopado en el que los espacios intermedios son a su vez subdivididos por motivos cruciformes, siguiendo una “moda” muy asentada en las producciones de allende los Pirineos.

En nueve de estas trece piezas, entre las que se incluye la que acabamos de mencionar, podemos reconstruir parte de la decoración originaria del vaso. En todos los casos estos motivos decorativos se organizan según los patrones del esquema metopado: series de ángulos o líneas sinuosas dispuestas verticalmente jerarquizan y organizan el campo decorativo del vaso, disponiéndose en los espacios intermedios punzones vegetales y animales que en general resultan poco identificables dado el carácter fragmentado de las piezas. Así y todo si podemos apuntar la presencia en una pieza (Fig. 7, nº 2) de un felino y de lo que parece ser un ave. El origen de estos vasos, sobre todo teniendo en cuenta las características decoraciones que presentan, hay que buscarlo sin duda en los talleres riojanos del *Tritium Magallum*.

Documentamos también la presencia en el nivel, aunque en mucha menor medida, de la forma Hisp. 30. Contamos en concreto con dos ejemplares. Se trata ésta de una forma que aporta nuevamente cronologías tempranas, centradas en la segunda mitad del s. I d. C. Las características de nuestras dos piezas apuntan hacia un momento no muy desarrollado de la forma, sobre todo por la presencia en ambos casos de una pequeña moldura en cuarto de círculo en la zona de contacto de la pared y el fondo, recuerdo los prototipos gálicos (Fig. 9, nº 1). La decoración de ambas piezas se organiza siguiendo esquemas metopados.

Entre las piezas decoradas documentamos también algunos ejemplares de la forma híbrida Hisp. 29/37. Contamos en concreto con cuatro ejemplares de borde que presentan una curiosa mezcla de caracteres propios de ambas formas. En tres de ellos contamos con un borde configurado internamente como un cuenco Hisp. 29 -con dos ranuras internas- pero que presenta una trayectoria recta o muy ligeramente exvasada, muy próximo por tanto a la configuración del borde de la forma 37. Asimismo el arranque de la pared inicia una trayectoria propia más bien del cuenco hemiesférico que del carenado ( Fig 7, nº 3 y 5). En la última de las piezas (Fig. 7, nº 4) el borde presenta una



ligera tendencia exvasada que, a pesar de no estar marcada al interior por las dos características ranuras, recuerda las características del borde de la 29, acercándose más sin embargo en la trayectoria de su pared a las del cuenco hemiesférico.

Los esquemas decorativos del conjunto resultan mayoritariamente los propios del estilo metopado (Fig. 7, nº 3, 4) aunque documentamos ya un ejemplar (Fig. 7, nº 5) que reproduce un esquema de círculos bajo lo que parece ser un friso de ovas de clara influencia gálica. Se trata en este caso de un friso en el que, también al modo gálico, se yuxtapone el mismo motivo: dos círculos concéntricos que albergan en su interior una palmeta. Destaca en el conjunto otra pieza en la que, bajo un friso de ovas y en el interior de un esquema metopado, se reproduce una escena de cacería de un cánido atacando el cuello de un cérvido (Fig. 7, nº 4).

Interesante resulta sin duda la presencia de esta forma por lo que aporta desde el punto de vista cronológico, al ser indicativo claro de un momento de transición, en el que la evolución del “gusto”, llegado nuevamente desde la Galia, está marcando el paso del cuenco carenado -forma 29- al cuenco hemiesférico -forma 37-, transición que se produjo en el último tercio del s. I d. C.

Pero la forma decorada más abundante en este nivel resulta sin duda el cuenco hemiesférico Hisp. 37. Una única pieza puede adscribirse de modo claro a la variante de borde almendrado. Se trata de un fragmento de pared correspondiente a un cuenco de considerables dimensiones en el que la decoración se dispone en un ancho friso como los que suelen ilustrar las paredes de este tipo de vasos. En su interior se disponen varios círculos dentados de amplio diámetro -al modo de los medallones sudgálicos-, en los que se reproduce un motivo vegetal. Al exterior, y separando los círculos, se disponen rosetas y palmetas (Fig. 9, nº 4). Se trata por tanto de un esquema propio del estilo de círculos aunque sin duda en sus momentos iniciales.

El resto de las piezas se corresponden con el tipo de borde simple, el más común y el que mayor éxito tuvo desde el punto de vista de su perduración.

Contamos con numerosos fragmentos de bordes correspondientes a este cuenco completados con un importante conjunto de fragmentos de pared.

Interesante resulta, desde el punto de vista cronológico, el análisis de las decoraciones que ilustran estos vasos. Son 22 en concreto las piezas en las que es posible reconstruir parte de la decoración, aunque no en todas ellos es posible determinar el esquema o estilo que en concreto organizaba la decoración del vaso. Hay que advertir, en primer lugar, que hablamos de fragmentos, y no de vasos, por cuanto aunque intuimos qué piezas podrían corresponder a un mismo recipiente, no podríamos determinar a ciencia cierta el número exacto de vasos ante el que nos encontramos. Es por ello que las apreciaciones que haremos a continuación han de tomarse con las debidas reservas.

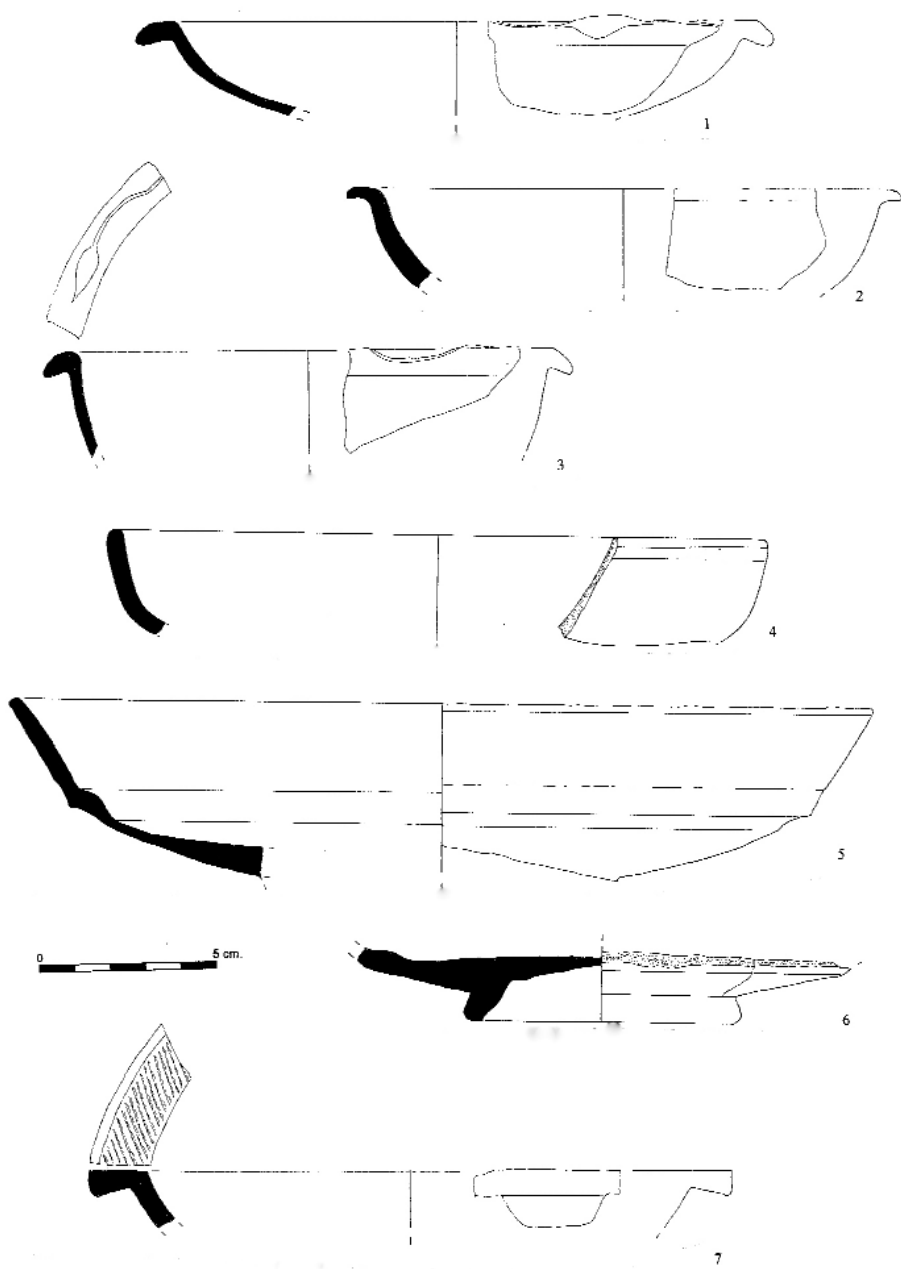


Fig. 6

Hechas estas precisiones resulta interesante sin duda señalar que al menos 10 de estos fragmentos se encuentran decorados con estilo de círculos, 4 con esquemas plenamente metopados y otros 4 con esquemas de transición entre ambos. Así, en un vaso diferenciamos dos frisos separados por un doble baquetón: en el superior se desarrolla un esquema metopado, mientras que en el inferior se dispone un friso de círculos concéntricos de considerables dimensiones entre los que se desarrollan otros de diámetro más reducido (Fig. 10, nº 2). Idéntico sistema encontramos en otra pieza, aunque en este caso el friso de círculos se encuentra en la parte superior y el esquema metopado en el inferior (Fig. 8, nº 2). En otra pieza (Fig. 9, nº 2) son los propios motivos circulares, en este caso medallones, los que se disponen en los espacios vacíos. Similar circunstancia se produce en otro ejemplar (Fig. 10, nº 1).

En cuanto a los punzones documentados, apuntar que en el interior de los círculos son frecuentes las estampaciones de rosetas de ocho o nueve pétalos (Fig. 8, nº 3), las palmetas (Fig. 8, nº 4) o, con menor frecuencia, los círculos concéntricos de menores dimensiones. No están ausentes tampoco los punzones de animales, como en un vaso en el que se diferencia un conejo o una liebre en el interior de un círculo sogueado de amplio diámetro. Los punzones animales resultan en cualquier caso más abundantes en los ejemplares metopados o en los propios de esquemas de transición. Así, en la pared de uno de estos cuencos (Fig. 8, nº 2) documentamos en el friso superior, en el interior de medallones, patos o cisnes y, en la parte inferior del vaso, en una composición metopada, un punzón de notables dimensiones que parece reflejar también un pato o una paloma. Un cánido parece ser el animal representado, también en un esquema metopado, en otro de los vasos (Fig. 10, nº 2). De mitológico podríamos describir por último el punzón documentado en una última pieza, en la que en el interior de un círculo dispuesto en un esquema metopado comparece un grifo (Fig. 9, nº 2).

Como es bien sabido la forma Hisp. 37 presenta una larga perduración en el tiempo. El conjunto estudiado presenta unas características propias de los primeros momentos del desarrollo de la forma, cronología que en cualquier caso no creemos que exceda el siglo I d. C. Para ello nos basamos sobre todo en el elenco decorativo descrito, ya que aunque predominan los esquemas circulares tienen aún un notable peso los metopados y los que mezclan ambos estilos. Encontramos asimismo una serie de rasgos que apuntan a esa temprana cronología como son la presencia en los esquemas metopados de cierto “horror vacui”, de cierta tendencia a agrupar o incluso “amontonar” los diferentes motivos decorativos (Fig. 9, nº 3; Fig. 10, nº 2); el uso de punzones de notables dimensiones (Fig. 8, nº 2); el empleo de ciertos recursos que “recuerdan” a las piezas gálicas, como el proceso de subdivisión del espacio metopado por medio de elementos cruciformes (Fig. 10, nº 1); la presencia de círculos de dimensiones amplias, o al menos no reducidas, en los que, al modo de los medallones sudgálicos se reprodu-

cen diversos punzones, fundamentalmente vegetales o animales.... Todas estas características, mezcla de la herencia gálica y de las nuevas ideas y modos de hacer propiciados por el esplendor y el despegue definitivo de las producciones hispánicas en el último tercio del s. I parecen avalar pues la cronología propuesta para el conjunto.

Junto a las piezas analizadas adscribibles con claridad a una u otra forma, documentamos también una serie de fragmentos de pared o fondos que portan decoración y para las que no podemos aportar una tipología concreta. Se trata en concreto de 34 fragmentos, en los que chocamos con la misma indefinición a la hora de establecer el número de ejemplares representados. De ellas en al menos 15 piezas se desarrollan esquemas metopados y en 7 esquemas de círculos. Documentamos entre ellos algunos punzones de animales, cánidos por ejemplo, siendo más abundantes los de tipo vegetal.

El repertorio de piezas documentado en este nivel reproduce fielmente las características propias de la TSH en la segunda mitad del s. I d. C., en los periodos de surgimiento y afianzamiento de esta producción como tal. Contamos en principio con formas que claramente remiten a este periodo formativo que como ha quedado demostrado debió originarse entre el 55/60 d C. y el comienzo de época flavia. Así, entre las formas lisas, contamos con la presencia de copas tan prototípicas de estos momentos como la Hisp. 24/25 o la Hisp. 27 y de platos como Hisp 18 o 15/17, en los que es bien visible aún la huella de la influencia de los prototipos sudgálicos. Entre las formas decoradas contamos con varios ejemplares del característico cuenco carenado Hisp. 29 o del vaso Hisp. 30. En estas piezas en ocasiones documentamos esquemas decorativos propios del estilo de imitación sudgálico o esquemas metopados que recuerdan aún las composiciones de aquella zona.

Junto a estas piezas que parecen enlazar directamente con los orígenes de las producciones hispánicas documentamos también fragmentos, más abundantes que los anteriores, que remiten claramente al periodo de afianzamiento, desarrollo y mayor esplendor de la sigillatas hispánicas como es el periodo flavio. Resulta curioso en este sentido resaltar las diferencias entre este depósito que aquí analizamos y su precedente (UE 347), en el que, como ya hemos señalado, resultan más abundantes las formas pre-flavias, lo que parece ser indicativo de una mayor antigüedad.

A este momento flavio hay que adscribir tipos bien representados en el nivel como el servicio constituido por la copa y el plato Hisp 35 y 36, de clara herencia sudgálica, o el plato Hisp 4 cuyo origen parece más vinculado a los talleres hispánicos. Junto a estas constatamos también la gran mayoría de las formas propias del periodo formativo (como la 27 o 15/17), que van evolucionando gradualmente hasta adquirir las características de lo que serán los tipos propiamente hispánicos. Entre las formas decoradas, y junto al cuenco carenado Hisp 29, comparece el cuenco hemiesférico Hisp

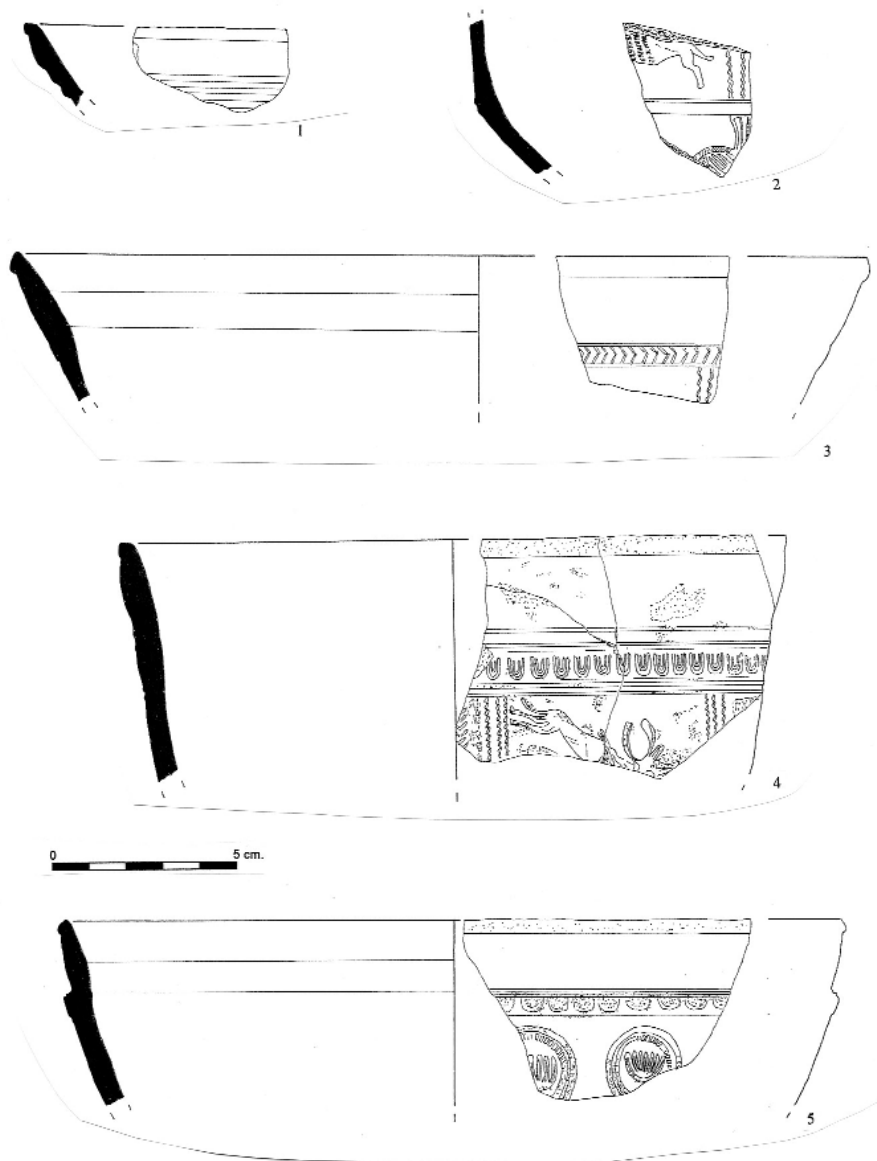


Fig. 7

37 y los perfiles híbridos (Hisp 29/27) que se decoran como hemos visto con esquemas metopados, de transición o de círculos inicial en los que en ocasiones es posible aún rastrear la huella francesa.

A partir de estos datos pues, proponemos cronologías centradas en las últimas décadas del s. I d. C. como periodo de “formación” para el nivel que analizamos. La interpretación de las numerosas, aunque minoritarias, piezas que apuntan hacia momentos anteriores debe vincularse sin duda a fenómenos de perduración, de uso y mantenimiento de ciertos vasos en fechas posteriores a las de su fabricación.

Como en el nivel anterior comparecen también en este último echadizo de época romana tres piezas correspondientes a época tardía. Su presencia entre las piezas altoimperiales creemos que responde a los mismos presupuestos ya expuestos líneas arriba: intrusiones posteriores ligadas a las profundas remociones que parece haber sufrido el solar.

Las pastas presentan en los tres casos tonalidades anaranjadas, incluyendo la arcilla partículas calizas que se observan a simple vista. Los barnices, endebles y poco densos, adquieren también una tonalidad anaranjada. Los tres ejemplares portan decoración, documentándose en dos de ellos esquemas propios del tercer estilo de López: grandes círculos rellenos de ángulos -motivo 3A/1-1 de López Rodríguez (1985)- o zizzag -3A/5-1-. Estas decoraciones de grandes círculos resultan sin duda las más conocidas y prototípicas del mundo tardío meseteño y remiten a épocas ya relativamente avanzada, haciendo su aparición únicamente a partir del último tercio del s. IV (Juan Tovar, 1997: 564; 2000: 105)

### **Cerámica pintada**

A pesar de su fuerte reducción porcentual respecto al nivel inferior, esta producción sigue siendo la segunda tras el servicio de sigillata. Dentro del nivel hemos podido individualizar 31 vasos diferentes correspondientes a seis formas distintas, por lo que vemos un notable aumento de la tipología. La otra novedad estriba en la incorporación a la cerámica tardoceltibérica de algunas de las primeras producciones de cerámica romana pintada de tradición indígena claramente diferenciables, como son las producciones clunienses o los cuencos con labios afilados de la Meseta Sur.

*Vaso globular de borde saliente.* Esta forma, asimilable a la Abascal 18 a, es la que más éxito tiene en la Meseta Sur en estos mismos momentos y según Abascal imita a la forma Mayet XXb de paredes finas, siendo producida en Segobriga, Villaverde y en otro alfar de la provincia de Toledo no identificado en tres variantes definidas a partir de la presencia o no de decoración en negro o marrón en las zonas reservadas por las

bandas vinosas: con friso libre de decoración, con friso decorado y con superficie libre (Abascal Palazón, 1986: 109-110, fig. 85-96).

En este nivel es la forma más abundante, con once ejemplares, contando con muestras de la variante con friso decorado con un motivo en gris (Fig. 11, nº 1) y con friso libre y otra con el friso convertido en una estrecha banda reservada con decoración de puntos (Fig. 11, nº 2). Estos ejemplares miden por lo normal entre 90 y 100 mm, aunque hay una pieza de hasta 160 mm de boca.

Abascal Palazón fecha las producciones altoimperiales de cerámica pintada romana de tradición indígena de la Meseta Sur entre mediados del siglo I d. C. y mediados del II, comentando también que conviven con los productos tardoceltibéricos en los primeros momentos. Por lo que se refiere a su comercio, lo centra en un área restringida de Segobriga hacia Complutum y Emerita, en las provincias actuales de Madrid, Toledo, Cuenca, Guadalajara y parte de Extremadura (Abascal Palazón, 1986: 116-120).

Este tipo de olla es frecuente en Complutum, habiendo sido datada en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo I d. C., de forma bastante paralela a lo que sucede en Segobriga, donde recientes excavaciones reiteran una cronología entre los años 40 y 80 d. C. (Polo López, 1999: 96-97).

*Cuenco o copa de borde redondeado.* Siete bordes y un fragmento de pie decorado (Fig. 11, nº 3), responden a la tipología de cuenco o copa de borde redondeado tradicional en los conjuntos tardoceltibéricos de la que ya nos hemos ocupado, que puede aparecer lisa (Fig. 11, nº 4) o con decoración interna de banda rojiza (Fig. 11, nº 5) y con diámetros en boca en torno a 120-190 mm.

*Cuenco con borde engrosado y labio afilado.* Dos fragmentos de cuencos constituyen una novedad en la secuencia al seguir el modelo de cuenco hemisférico o algo más bajo con borde engrosado y labio afilado definido por Abascal en su tipo 16, que surgen como evolución del cuenco anterior con unos primeros representantes en los años 25-50 d.C. en la necrópolis de Segobriga y perdura durante toda la segunda mitad del siglo, fabricándose bien en Segobriga o bien en el taller de Villaverde (Abascal Palazón, 1986: 106-107, fig. 69-76). Nuestras pieza muestran denso engobe naranja y al menos una banda rojiza al exterior (341/503), características propias de esta producción (Fig. 11, nº 6).

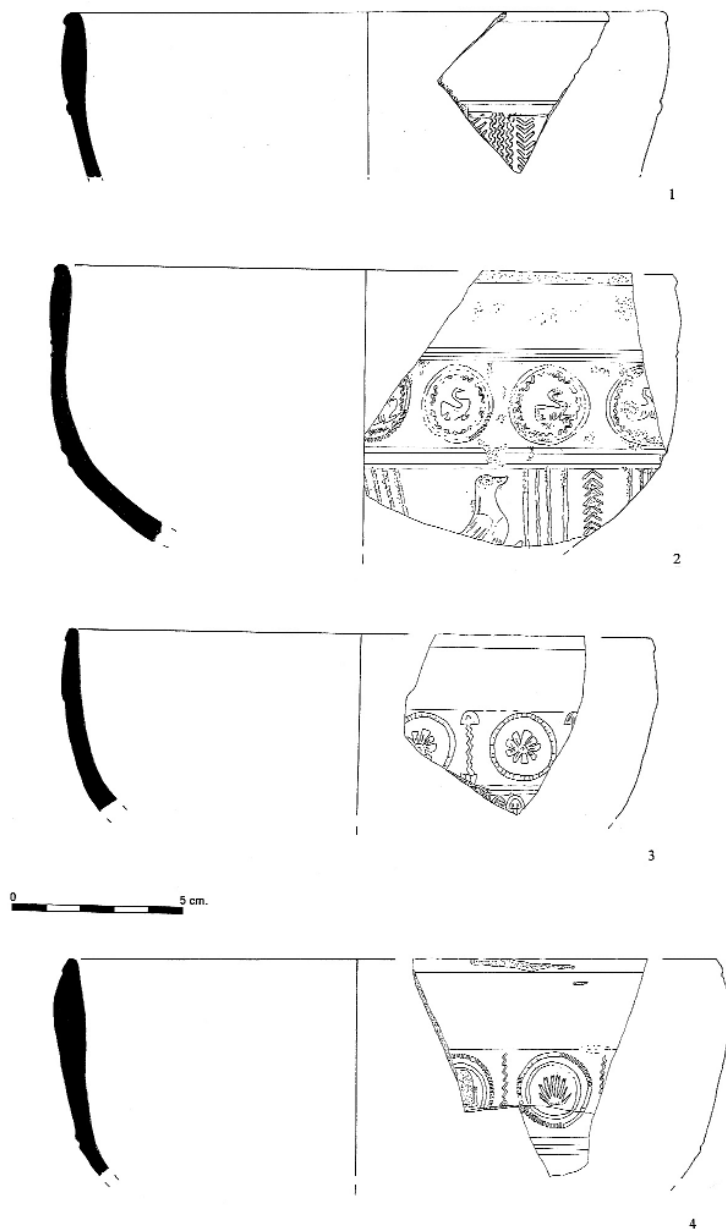


Fig. 8



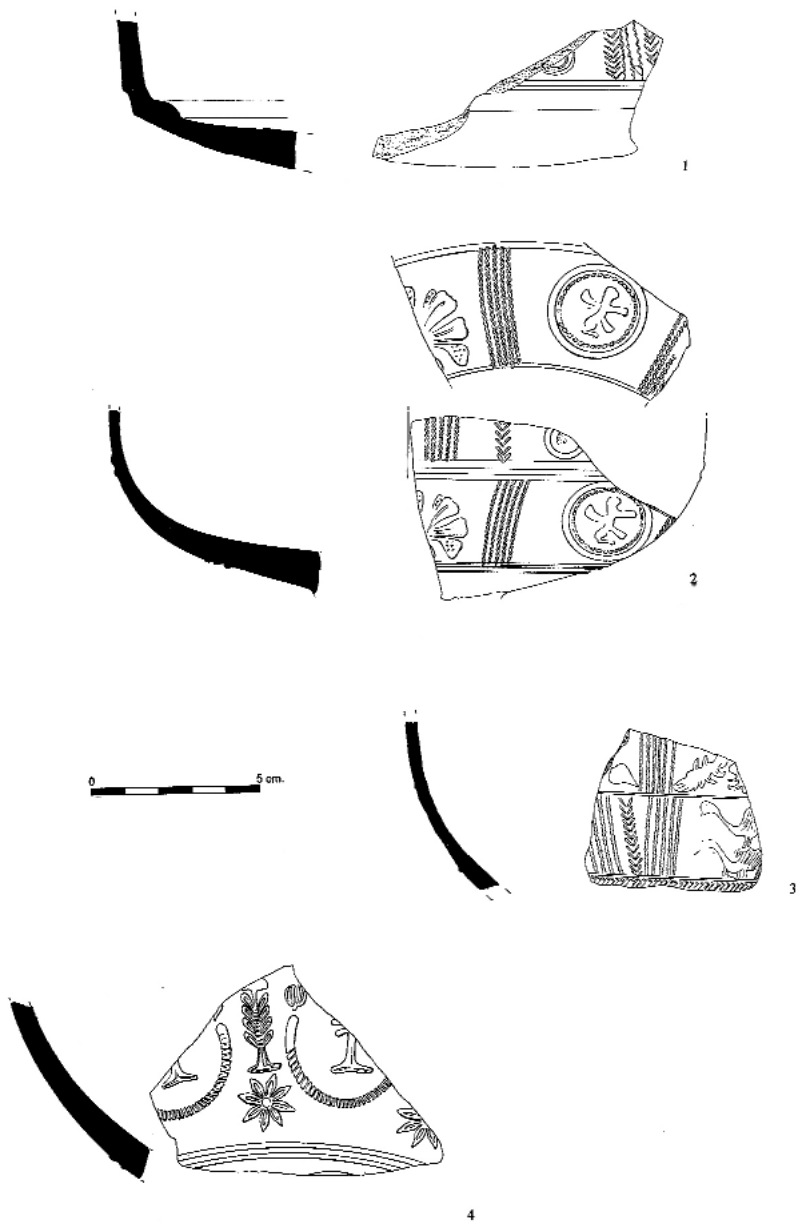


Fig. 9

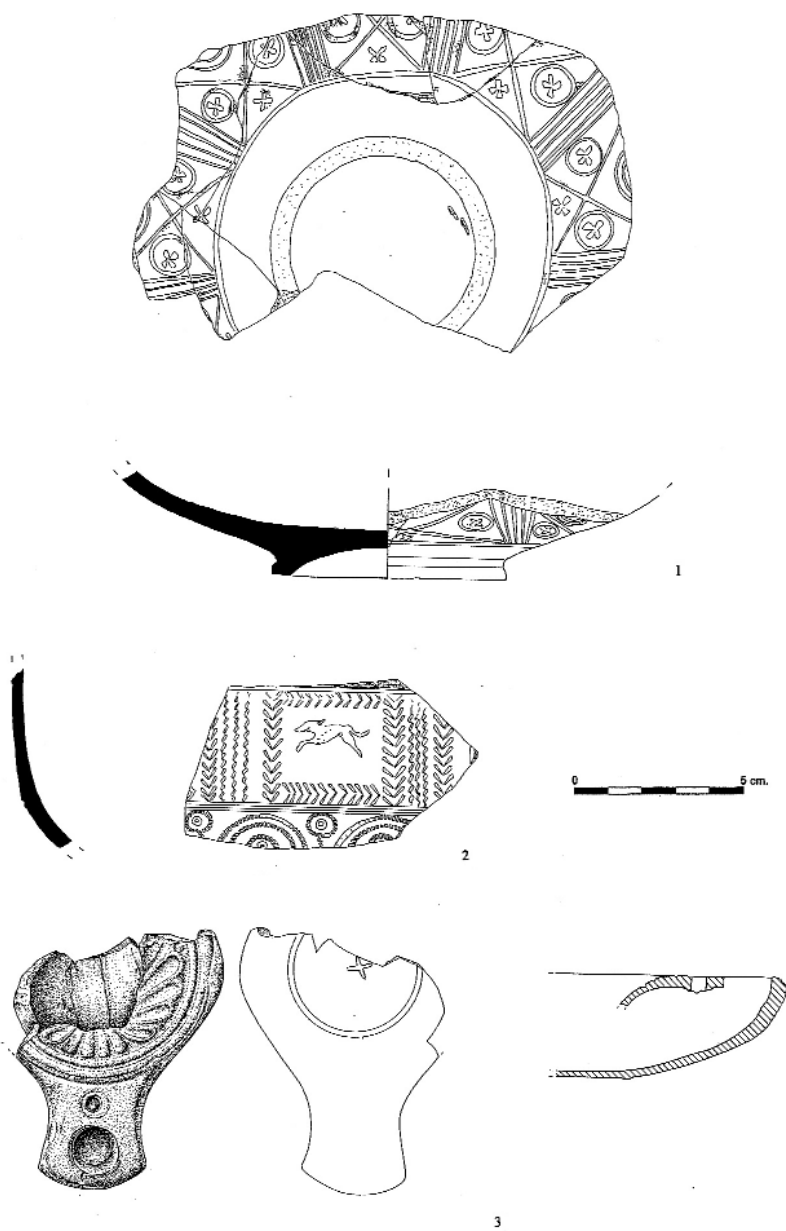


Fig. 10.

En Complutum la evolución desde los cuencos de bordes redondeados se produce entre Claudio y Vespasiano, entre el 40-70 d. C. aproximadamente, imponiéndose a partir de esa fecha los de labio afilado (Polo López, 1999: 93).

*Vaso de borde exvasado y carena moldurada.* Siete ejemplares de borde exvasado parecen aproximarse a la forma 2 de Abascal siguiendo los modelos tardoceltibéricos que observamos en los niveles inferiores de nuestro yacimiento. Contamos así con las dos variantes que veíamos entonces, la primera aquella que a partir del borde parece arrancar una pared aproximadamente recta, ambos fragmentos decorados con motivos en negro combinados en un caso con una banda vinosa al interior del borde y con diámetro en torno a los 140 mm (Fig. 12, nº 1 y Fig 12, nº 2). La segunda es un vaso de aspecto algo bitroncocónico, ya que la parte superior del cuerpo tiende a cerrarse a partir de la carena, contando con una boca de similar diámetro y una banda rojiza (Fig. 12, nº 4).

*Vaso de borde exvasado con cuerpo globular y pared recta.* De esta forma 4 de Abascal contamos con un fragmento del taller cluniense correspondiente a la transición entre el cuerpo y la pared (Fig. 12, nº 3). Nuestra pieza muestra un friso con trazos oblicuos y por encima el arranque de otro metopado a partir de líneas paralelas verticales y con motivo en metopas no reconocible. Abascal sitúa el arranque de esta forma en un precedente de Palencia de los años centrales del siglo I d.C. y con testimonios hasta el último cuarto del siglo (Abascal Palazón, 1986: 65-66, figs. 36-37).

*Vaso carenado.* De la forma Abascal 3b del taller de Clunia contamos con un ejemplar con decoración bastante perdida en friso metopado dividido por haces de líneas verticales y con una posible gran aspa en una de las metopas (Fig. 12, nº 5) (Abascal Palazón, 1986: 64-65, figs. 28-35). La cronología de este bien conocido tipo, como la del resto del alfar de Los Pedregales, la sitúa el autor a partir de los años 60-70 d. C. (ibídem: 78-79).

*Jarra/Botella.* Un fragmento de asa con restos de decoración pintada en forma de cilios (Fig. 12, nº 6) y un galbo moldurado parecen remitir a la presencia de jarras o botellas cuyo tipo concreto no reconocemos. Ese galbo destaca con su compleja decoración de bandas vinosas que dejan en reserva varios frisos, el superior metopado con líneas verticales y un aspa reticulada, y el inferior con un friso corrido de arcos colgantes (Fig. 13, nº 1).

Por último debemos hacer mención a varios bordes singulares de formas que no podemos reconocer, uno es un borde moldurado que de lejos recuerda a los morteros de la forma 14 de Abascal (1986: 10-105, fig. 67). El otro es un borde con moldura y arranque de cuerpo cuenquiforme (Fig. 13, nº 2). Debemos destacar también el pomo

de una tapadera bastante cerrada (Fig. 13, nº 5) y un amplio fondo plano de una forma muy abierta, tipo fuente, decorado al interior con engobe rojo y líneas negras concéntricas (Fig. 13, nº 6).

Al margen de los motivos decorativos pintados en las formas comentadas, cabe reseñar un fragmento con un posible pez de cuerpo rayado y otro con un friso de “eses” entrelazadas (Fig. 13, nº 3, 4).

### **Cerámica común**

Como ya hemos anunciado, uno de los rasgos característicos de este nivel es la diversificación en las formas destinadas al servicio de mesa, lo que se manifiesta con especial intensidad en la producción de cerámica común. Así, de las tres formas reconocidas en el nivel anterior pasamos ahora a ocho a partir de los 27 vasos individualizados.

*Cuenco de borde saliente.* Ya presente en el nivel anterior es ahora la forma mayoritaria dentro de la cerámica común de mesa, pues está representada por siete cacharros. Tal como dijimos, se trata de un cuenco hemisférico o algo abierto con borde vuelto y paredes alisadas que ofrece cierta diversidad de diámetros, lo que complica su asignación funcional. Así, contamos con vasos de unos 110 mm de boca cuyo destino en el servicio de las mesas nos parece más claro y otros de mayores dimensiones, sobre los 117 mm (Fig. 14, nº 1).

Dentro del campamento de Rosinos, en el grupo de cuencos de borde entrante hay alguna pieza, como la 81, que recuerda nuestro perfil, siendo fechada en ese yacimiento en el siglo I d. C. (Carretero Vaquero, 2000: 660, fig. 333, 81).

*Jarra de boca ancha (Urceus/ Urceolus).* Esta forma ya estaba presente en el nivel anterior y en éste está representada por cinco fragmentos de bordes. Se trata de un bocal de boca ancha y cuello poco diferenciado que debió agarrarse con una sola asa y portar pico vertedor, aunque esta última solución no está generalizada, apoyándose en bases planas (Fig 14, nº 2). Responden al prototipo 44 de la tipología de Vegas, fechados entre el siglo II a. C. y el II d. C. y con amplia difusión mediterránea (Vegas, 1973: 103, fig. 36-37). Son ejemplares de entre 120 y 130 mm de diámetro cuyos paralelos ya comentamos.

*Jarra de boca y cuello ancho (Urceus).* Se trata de un tipo muy similar al anterior del que tan sólo se diferencia en el mayor desarrollo del cuello. A esta forma hemos asignado, no sin ciertas dudas, un único fragmento correspondiente a un borde exvasado que tiene en este caso 150 mm de diámetro (Fig. 15, nº 1). De forma genérica puede asimilarse al tipo 43 de Vegas, con muy amplia cronología, que cubre prácticamente todo el periodo romano, y difusión por el imperio (Vegas, 1973: 101 y 103, fig. 35).

*Cuenco con visera.* Contamos con un perfil correspondiente a un cuenco alto de borde entrante caracterizado por presentar un resalte en forma de visera oblicua remarcando el exterior del borde sin duda con la función de servir de asiento a una tapadera (341/667) (Fig. 14, nº 3). La presencia de cuencos con visera es detectada por Vegas en su forma 10, pero en su caso son cuencos abiertos con visera horizontal y cronología bajoimperial (Vegas, 1973: 37-38, fig. 11). Por otro lado, sus pequeñas dimensiones, con 130 mm de diámetro en el borde y 160 mm de diámetro máximo, la diferencia claramente de la forma más común de olla de borde entrante y pegado a la pared, de la que le distingue también la falta de engrosamiento en el borde. Por el momento no tenemos, pues, paralelos claros para esta forma, aunque de lejos puede recordar a un vaso a listel de la Bética (Serrano, 1995: 239, fig. 9, 78) de finales del I d. C. y a los cuencos de labio diferenciado de Gerona con cronología de los siglos II y III (Casas *et al.*, 1995: 106 y fig. 5, 8).

*Plato con borde engrosado.* Se trata de un recipiente abierto, de 210 mm de diámetro y con borde engrosado al exterior. Está fabricado en pastas oxidantes y no muestra signos de haber estado sometido al fuego (Fig. 15, nº 5). Su forma coincide con la Vegas 10, fechada por la autora desde época tardorrepublicana hasta el siglo I d. C. (Vegas, 1973: 41-43, fig. 14), diferenciándose únicamente en que nuestra pieza no estuvo sometida al fuego, por lo que no puede identificarse con una sartén y sí, más bien, con un plato o fuente de servir. Encontramos paralelos en talleres de la Bética en las mismas fechas pero con diferente factura (Serrano, 1995: 233-234, fig. 6).

*Plato o cuenco sencillo (Catinus).* De este nivel también proceden dos cuencos de borde sencillo o platos hondos, uno de acabado alisado y otro elaborado con pasta depurada oxidante y tratamiento casi pulido (Fig. 15, nº 3). Los diámetros de sitúan entre los 160 y 190 mm y, como ya dijimos para el nivel anterior, se aproxima a la forma Vegas 14 pero con el borde sencillo (1973: 43-44, figs. 14 y 15). Señalamos también entonces su amplia representación en Rosinos, fechada a partir del último tercio del I d. C. (Carretero, 2000: 661-665, figs. 331-332 y 352-353). También comparecen en la Lusitania y la Bética en la segunda mitad del siglo I d. C. (Alvarado y Molano, 1995: 290, fig. 11; Serrano, 1995: 235, fig. 6 y 7). La ambivalencia de estas piezas puede estar marcada por la diferente elaboración de los ejemplares citados, tal vez uno sirvió para la mesa y el otro para la cocina.

*Plato abierto.* Se trata de una forma abierta, llana, de borde ligeramente saliente en horizontal y base plana, que en su único representante mide 240 mm de diámetro en el borde y 130 mm en la base (Fig. 15, nº 4). Está elaborado en atmósfera oxidante y tiene las superficies alisadas. Por su forma se asemeja a la Vegas 16b (1973: 49-52, fig. 17), pero la ausencia de asidero en la base nos hace descartar su función como tapa-

dera y asignarle la de plato. Esta función también es recogida por la autora, pero se asocia con la cocina por la presencia de signos de ahumado completamente ausentes en nuestro recipiente. Como tapadera de cerámica común fina se identifican en Rosinos (Carretero, 2000: 660-661 y fig. 330, 55-59), en Mérida, señalándose como tapaderas pero emparentadas con platos pequeños de la segunda mitad del I d. C. (Alvarado y Molano, 1995: 289, fig. 9).

*Botella o jarra de boca estrecha (Logona)*. Un único ejemplar de borde con arranque de cuello nos permite identificar una botella cuya boca tiene 80 mm de diámetro (Fig 15, nº 5) Las características del borde la aproximan a las formas Vegas 38 o 39, con gran difusión en el siglo I d. C. (Vegas, 1973: 92-97, figs. 31 y 32). La encontramos también en Rosinos (Carretero, 2000: 652-655, figs. 324-328 y 655-657) como jarra de boca estrecha y de boca ancha. En el Chao de San Martín se encuentra a fines del siglo I e inicios del II d. C. (Beneítez *et al.*, 1999: 24, fig. 4, 9).

Aunque desconozcamos si cabe dentro de esta categoría o si correspondería a una cerámica común de cocina, debemos hacer mención de un fragmento de panza de una *forma ovoide o globular reductora decorada a ruedecilla* (Fig. 16, nº 1). Los vasos reductores a ruedecilla son frecuentes en la Lusitania, siendo probablemente productos de un taller de Mérida fechados en la segunda mitad del siglo I d. C. (Alvarado y Molano, 1995: 291-292, fig. 15), del que tal vez pudiera proceder nuestra pieza habida cuenta de que las relaciones con Mérida parecen probadas en este momento merced a algunos productos de esa filiación presentes en Ávila como las lucernas tipo Andújar.

### **Cerámica común engobada**

Los ejemplares de cerámica común con engobe o aguada que podemos asignar al servicio de mesa son seis y todos, a excepción de uno de ellos, responden a la forma de *cuenco de borde saliente*. Sobre este tipo se registran las dos clases de aplicaciones rojizas que ya explicamos. La aguada más común se reconoce en dos formas distintas, un pequeño *cuenco de borde saliente* del mismo tipo que ya advertimos para la cerámica común y un fragmento del cuerpo de una posible *jarra* con grueso engobe algo tosco por toda la pared externa y el arranque del asa.

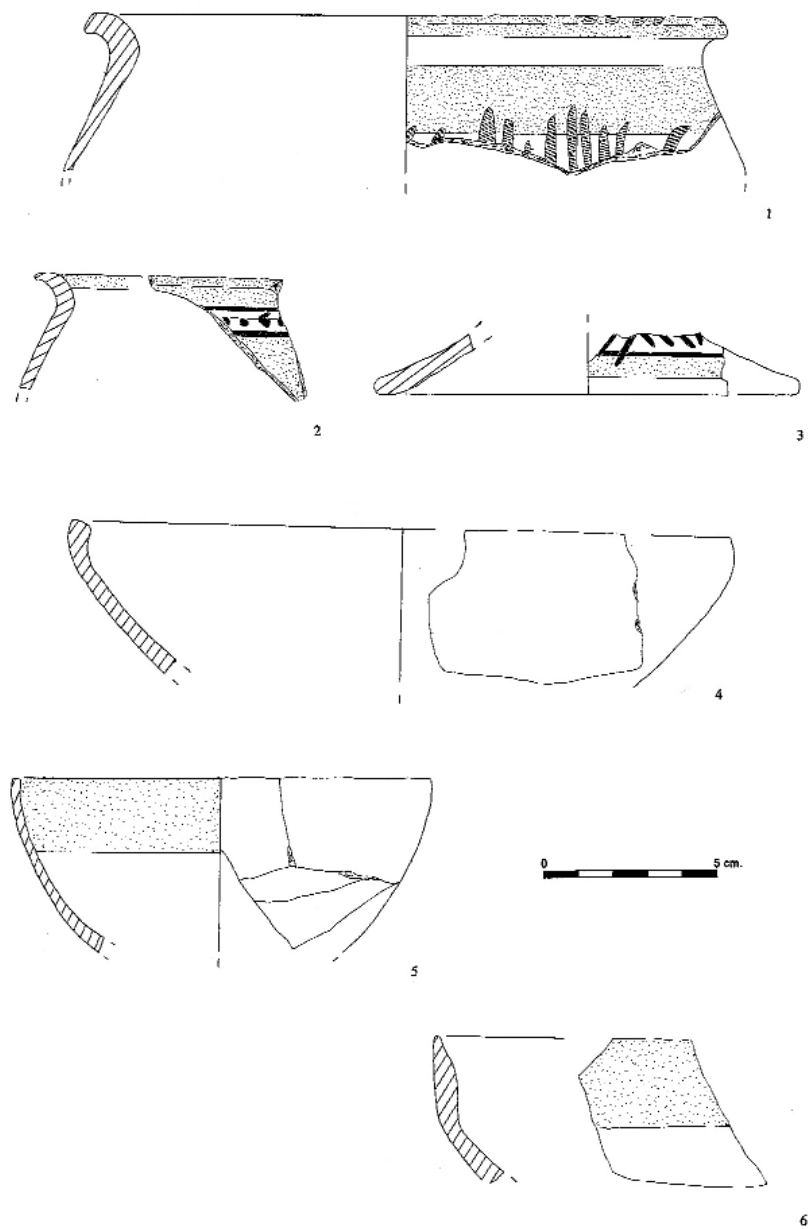


Fig. 11

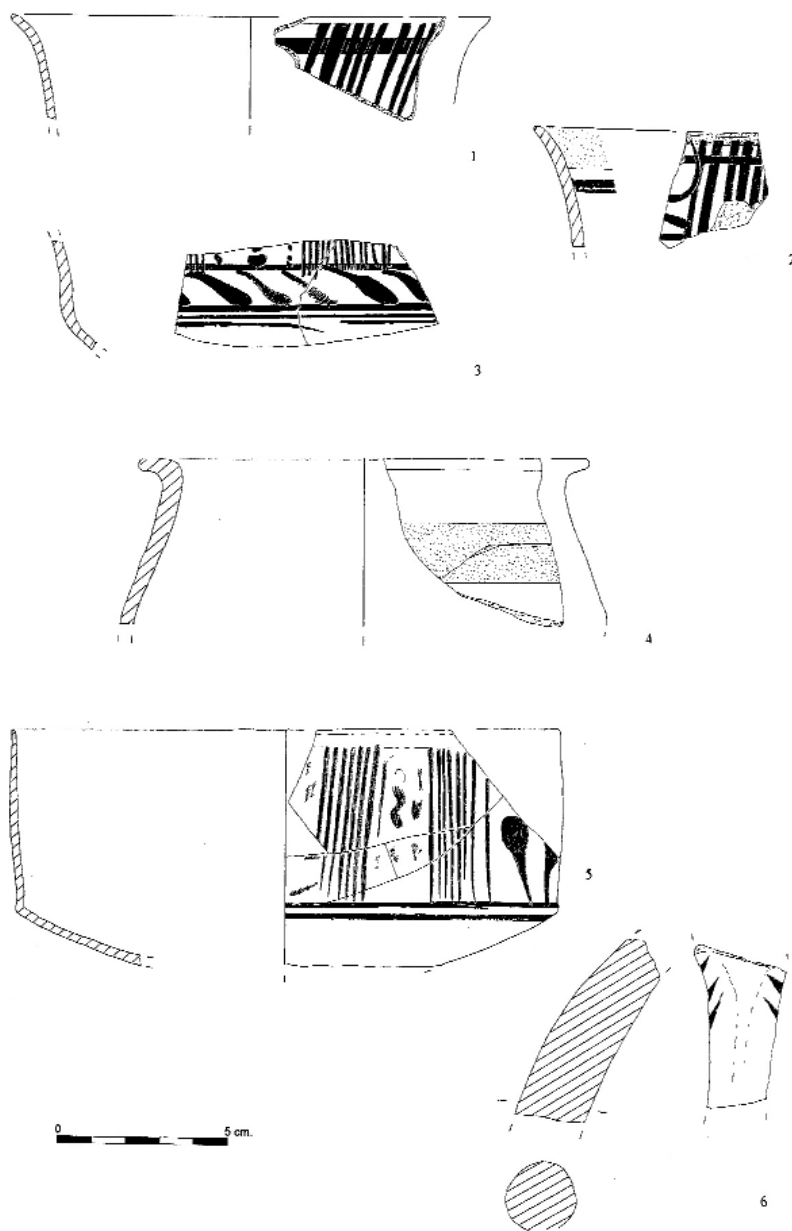


Fig. 12.



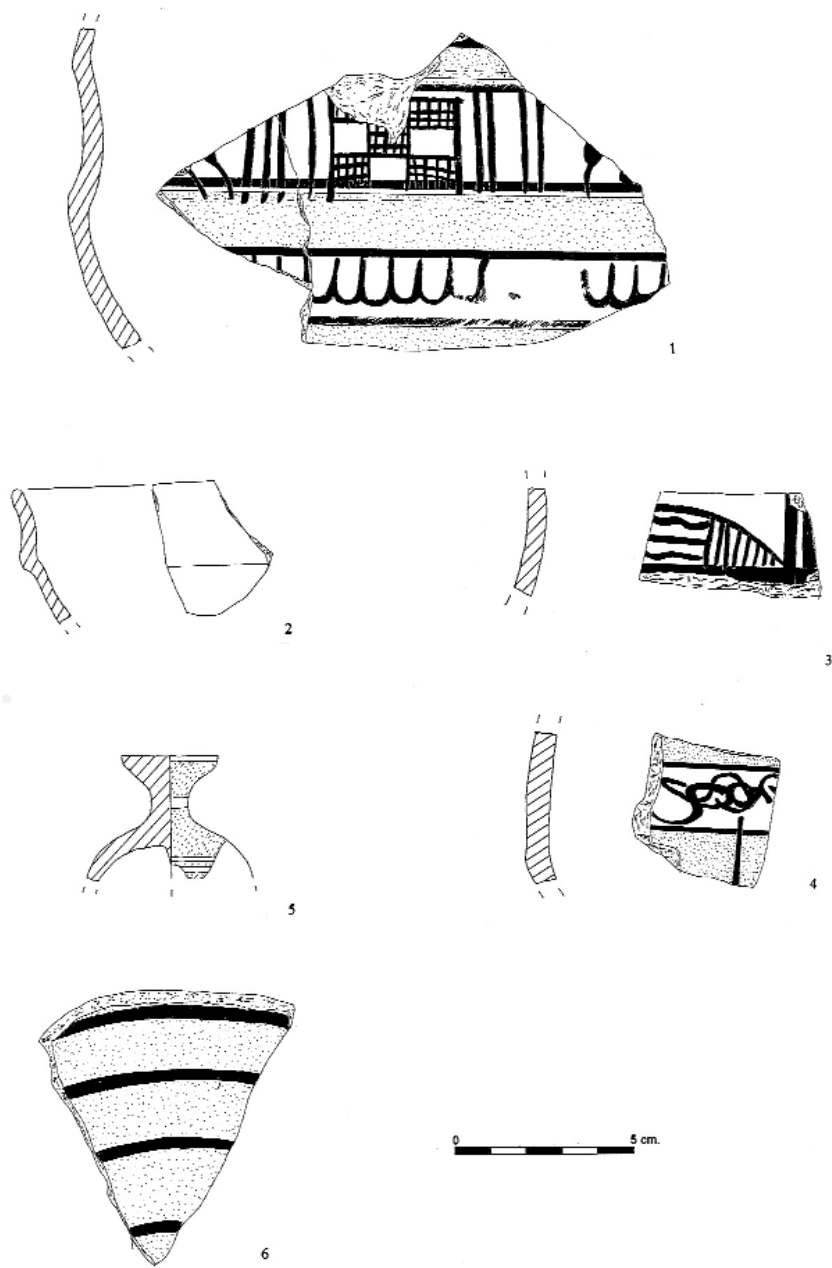


Fig. 13

El otro tipo de engobe más deleznable se repite en tres pequeños cuencos de borde saliente de cocción reductora y pasta negra bruñida donde se distingue una banda de esta pigmentación recorriendo el borde, pues tan sólo en un ejemplar este recubrimiento parece extenderse por la pared externa. Dadas sus dimensiones de boca, entre los 200 y 230 mm, más que cuencos podríamos hablar de platos hondos.

Como ya apuntamos para el nivel anterior, donde también comparecían, aunque con menor diámetro, estas piezas no concuerdan con las producciones de Lugo distribuidas por el noroeste peninsular, por lo que deben proceder de otro centro productor, si es que no son manufacturas locales.

### **Cerámica gris bruñida**

De esta producción fina directamente enraizada en la tradición vettona contamos en este nivel con cuatro ejemplares. Uno corresponde a un *vaso globular* con borde saliente que reproduce el perfil de una pequeña olla de 130 mm de boca, pero que por sus características técnicas y pequeño tamaño no creemos que sirviera para las cocinas, pudiendo tener sitio en la mesa, como aquí proponemos, o en la alacena (Fig. 16, nº 2). Otros dos son fragmentos pequeños de bordes sencillos que tal vez corresponden a un *plato, taza o cuenco abierto*. Finalmente, contamos con parte de la pared de una posible *jarra* con decoración estampillada dispuesta sólo en una zona de la pared, reproduciendo, aunque con distinta matriz, el tipo de estampilla circular con radios que ya observamos en el nivel anterior (Fig. 16, nº 3).

Recordaremos lo dicho entonces sobre la presencia de estas decoraciones en niveles indígenas de los castros vettones como El Raso (Fernández Gómez, 1986, I: 473-474) o Las Cogotas, donde incluso se encontraron los punzones en alguna casa (Cabré Aguiló, 1930: 64, lám. XLIX, LI y LVI), aunque a diferencia de en El Raso, donde aparecen sobre los toscos vasos oxidantes identificados como orzas, tinajas u ollas, aquí lo hacen sobre finos productos reductores, posiblemente de tipo jarra. Recordemos también que las estampillas aparecen en época romana en varias áreas con raíces castreñas y donde esta decoración era característica de las propias tradiciones locales del final de la Edad del Hierro. Finalmente, destacar que su presencia en este nivel prueba la perduración de estos productos indígenas al menos hasta fines del siglo I d. C.

### **Cerámica de paredes finas**

De esta típica y lujosa producción romana contamos en este nivel con un pequeño fragmento de pared de un recipiente con engobe *beige* brillante externo y decoración

a ruedecilla con arranque de una pequeña moldura. Lamentablemente el fragmento es demasiado pequeño como para reconocer su forma, por lo que tan sólo podemos hacer mención aquí de que en estos momentos de la segunda mitad del siglo I d. C. ya hay un circuito comercial abierto para estos productos, pues la decoración a ruedecilla parece ser mayoritaria en estos momentos (Ricii, 1985: 316, citado en Carretero, 2000: 520).

Tal vez por repercusión de estas piezas o de las sigillatas con decoración a ruedecilla, se realizan algunos productos locales. Así debemos señalar dos fragmentos, uno de forma ovoide que tal vez es imitación de una pared fina en cerámica oxidante. El otro tiene paredes algo más gruesas, pero también es un vaso oxidante de excelente cocción y pastas depuradas, presentando un friso con este tipo de decoración (Fig. 16, nº 4).

### Otros objetos cerámicos

Incorporamos aquí una serie de materiales cerámicos que, aunque exceden el objetivo de este artículo por no tratarse obviamente de elementos de mesa, si resultan claros exponentes del intenso y continuo proceso de romanización que parece experimentar la población del enclave abulense sobre todo a lo largo de la segunda mitad del s. I d. C. Nos referimos en concreto a algunos fragmentos de lucernas y a otros elementos constructivos que evidencian estos profundos cambios en los modos de hacer y vivir.

Comparecen en concreto, en el segundo de los depósitos, dos lucernas. La primera, de la que se conserva la piqueta y parte del disco y conocida comúnmente como “de tipo Andújar”, deriva del tipo *Dressel-Lamboglia 3* (Fig 10, nº 3). Se configuran éstas como unas lámparas de cuerpo troncocónico, disco cóncavo decorado con venera, dos aletas laterales, sin asa, margo separado del disco por una o dos molduras y piqueta o *rostrum* en forma de yunque (Carretero, 2000: 751). La pasta presenta un tono ocre, encontrándose su superficie recubierta por un ligero engobe de la misma tonalidad.

Lámparas este tipo se documentaron en primer lugar y en gran cantidad en Andújar, aunque en los últimos años se han encontrados indicios que sugieren su producción en al menos otros dos centros, Corduba y Emerita (Carretero, 2000: 752), lo que ha determinado la introducción de un matiz en su denominación, conociéndose las de este modo como “de tipo Andújar”. El área de difusión de esta producción se circunscribe fundamentalmente al sur peninsular, Bética y zonas limítrofes, si bien es cierto que no resultan ya desconocidas en el ámbito de la Meseta, apuntándose su presencia en yacimientos como Segobriga, Complutum, o Almenara de Adaja por señalar los enclaves más cercanos al nuestro, o en otros asentamientos de la zona NW vinculados

en este caso a la presencia del ejército, como León, Astorga o Rosinos de Vidriales. En cuanto a su cronología, hay uniformidad de criterios a la hora de datarlas en época julio-claudia, extendiéndose al parecer de modo residual hasta época flavia. Esta cronología está pues en perfecta consonancia con la proporcionada por el conjunto de sigillatas documentadas en el nivel.

En cuanto a la procedencia concreta de nuestra pieza poco puede aportarse a ciencia cierta. Se ha realizado una analítica de esta pieza, por lo que remitimos a la información aportada en el anexo de este mismo artículo.

El otro fragmento de lucerna, que conserva un pequeño fragmento del disco con el arranque del asa, pertenece al tipo denominado comúnmente como “de disco”, correspondiendo en concreto a la forma *Loeschcke VIII*. Se tratan éstas de unas lámparas de cuerpo circular, amplia orla a menudo decorada, base plana y piquera corta y redondeada (Carretero, 2000: 759). A pesar de que únicamente conservamos un pequeño fragmento del disco, la existencia de una serie de ovas incisas en la banda que rodea al disco (margó) nos permite establecer una datación muy precisa para la pieza, ya que estos ejemplares parecen no sobrepasar el s. I d. C, cronología ésta igualmente en perfecta consonancia con los materiales documentados en el nivel.

La presencia de lucernas en el yacimiento plantea interesantes cuestiones acerca del proceso romanizador de la ciudad, por cuanto parecen indicar que la población del enclave abulense, o al menos parte de ella, ha adoptado ya nuevos patrones y se está alumbrando al “modo romano”. Incide también nuevamente en la importancia del comercio y las vías comerciales en el desarrollo de la ciudad: de singular importancia en este sentido resulta el necesario comercio con la Bética, zona que, de momento, se vislumbra como la principal proveedora del aceite utilizado como combustible.

Los otros elementos cerámicos recuperados son menos significativos tipológicamente, aunque adquieren también un gran sentido como signos de este proceso de aculturación. Nos referimos a los varios fragmentos de tégulas, que acompañados de algunas antefijas en forma de flecha, demuestran la presencia de construcciones techadas al modo romano. Por su parte, una fusayola con restos de engobe rojo y dos piezas en forma de estrella de seis puntas que no sin muchas dudas hemos identificado como atifles, nos aproximan a las actividades artesanales que se desarrollaban en la ciudad, bien en el ámbito doméstico, dado el pequeño tamaño de nuestro peso de telar, o bien de forma más especializada como puede ser la alfarería. Finalmente, son relativamente abundantes las piezas cerámicas recortadas en forma de fichas circulares: las de mayor tamaño pudieron cumplir ciertas funciones utilitarias, como servir de tapaderas de ciertos recipientes, pero otras tal vez tuvieron su lugar en los tableros de juego.

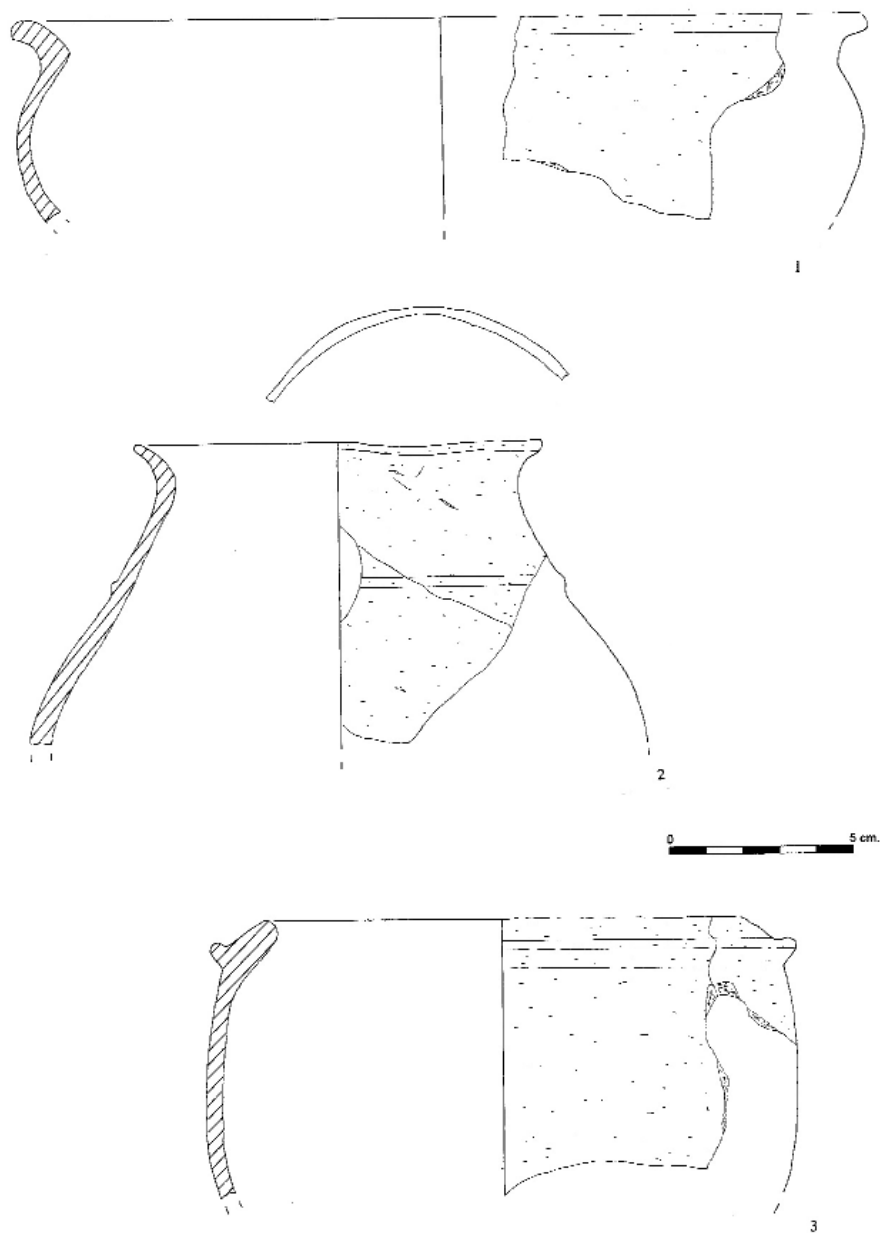


Fig. 14

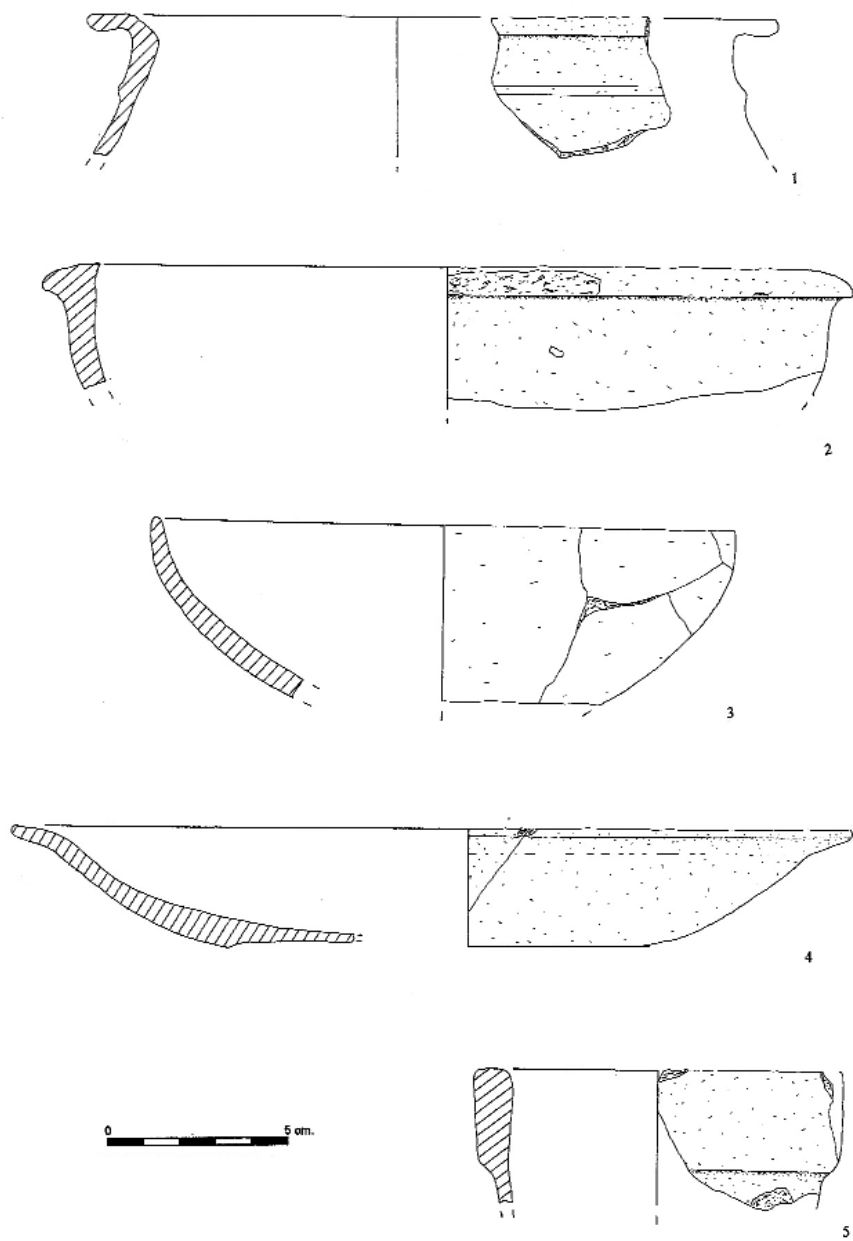


Fig. 15

### 3. La ciudad abierta al mundo

Los materiales documentados en los niveles romanos de nuestra estratigrafía evidencian claramente la integración del enclave abulense en las vías comerciales propias del mundo romano altoimperial. Es nuestra intención, por tanto, establecer, de modo muy sucinto, algunas consideraciones acerca del origen y modo por el que estas producciones arriban a nuestro yacimiento, haciendo referencia en este caso y fundamentalmente a las producciones de sigillata, las mejores conocidas en este sentido al tratarse de producciones hasta cierto punto “estandarizadas”, sin que renunciemos por ello a establecer algunas consideraciones sobre otros tipos cerámicos que comparecen en estos niveles.

Muy escasas resultan en nuestro enclave las importaciones de sigillata itálica. Como hemos visto contamos únicamente con tres fragmentos de tipología indeterminada, por lo que poco podemos aportar acerca de su origen concreto o su cronología. Únicamente contamos en este sentido con un dato cierto, y es que la analítica practicada a una de las piezas del primero de los niveles (Fig. 1, nº 5) sugiere su procedencia de los talleres del valle del Po.

Más abundantes resultan, como ya hemos señalado, las piezas de filiación sudgálica. La analítica practicada a algunas de las piezas confirman su procedencia de los talleres de la zona de La Graufesenque, en el Aveyron francés. Esta filiación resulta lógica y está en perfecta consonancia con lo que se ha señalado para numerosos yacimientos del norte peninsular (Herrera de Pisuerga, Numancia, Rosinos de Vidriales...). Como queda patente en el mapa confeccionado por Vernhet (1986:102 y 103; fig 6) y ha resaltado recientemente Carretero (2000: 357), exceptuando el litoral norte de la Península y la zona pirenaica occidental, surtidos por vía terrestre o marítima desde el centro productor de Montans, el resto de la península parece entrar en la orbita de comercialización de las producciones de La Graufesenque, comercialización que se realizaría en primera instancia por vía marítima, partiendo del puerto de Narbona, salida natural de los centros alfareros de este sector.

Importante es valorar también el hecho de que es ésta la primera “oleada” de importaciones continuadas que podemos constatar en la ciudad de Ávila. Si bien es posible que en fechas anteriores hayan llegado, de modo esporádico, algunas piezas de filiación itálica, es realmente a partir de los años 40 de la primera centuria cuando la ciudad parece experimentar un cierto auge o “un impulso romanizador importante”, insertándose de hecho y de modo más pleno en los circuitos comerciales del Imperio. Es muy posible, pensamos, que en este mismo momento, y aprovechando estas mismas vías comerciales, hayan llegado al enclave otros productos que hablan también de

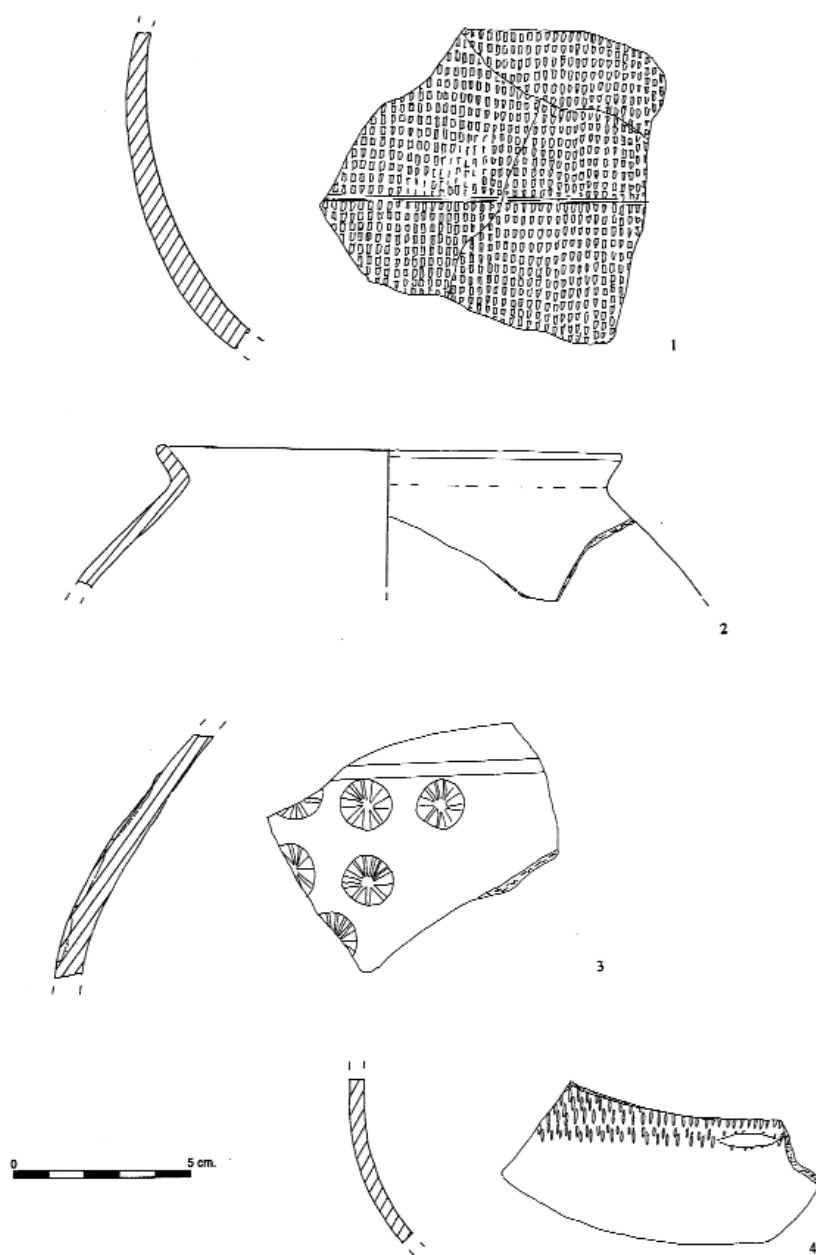


Fig. 16



esta intensa romanización, como es el caso de las lucernas, al menos de la de “tipo Andújar”, que ofrece también cronologías julio-claudias, y quizás incluso, como ya hemos apuntado, alguna o algunas de las piezas itálicas constatadas.

En cuanto a las redes de comercialización concretas de estas producciones habría que pensar en el papel como centro redistribuidor de *Emerita Augusta*, con la que sin duda *Obila* habría de mantener importantes contactos no solamente comerciales sino también políticos y administrativos derivados de su condición de capitalidad de la provincia lusitana. Hay que valorar también la propia ubicación de la vieja colonia, mucho más cercana a los puertos del Atlántico, a las rutas marítimas en definitiva, señaladas como de singular importancia en la distribución de las sigillatas itálicas y gálicas desde sus centros de origen (Carretero, 2000: 357-358).

En estos contactos comerciales resulta de singular importancia resaltar la cercanía del trazado de la vía romana de Mérida a Zaragoza, que discurría inmediatamente al sur del límite administrativo de la actual provincia de Ávila y con la que muy probablemente se unía, en algún punto entre Augustóbriga (muy posiblemente Talavera la Vieja) y Toledo, un eje de comunicaciones que atravesaba de norte a sur la provincia de Ávila, incluyendo en su trazado nuestro enclave. Este trazado parece estar evidenciado, entre otros argumentos, por restos de tan singular importancia como los documentados en la tan traída y llevada calzada del Puerto del Pico, de muy posible origen romano a pesar de que su cronología no haya podido ser nunca concretada y comprobada por datos arqueológicos (Mariné 1995: 304-305). Por esta misma vía que comunica Ávila con Mérida a través de la Meseta sur y desde ésta última con la Bética debieron llegar otros productos, como es el ejemplar de cerámica negra a ruedecilla o los productos pintados de los talleres de la Meseta sur o, finalmente un único ejemplar de ánfora de *garum*.

Pero sin duda merece especial consideración el tema de la difusión y comercialización de una producción cerámica tan abundante y singular como es la sigillata hispánica que, como hemos visto y como es normal, supera con creces el volumen de las importaciones de otras provincias del imperio más alejadas como pueden ser la Península Itálica o las Galias. En cuanto al origen de estas producciones no caben dudas acerca de su procedencia mayoritaria, casi monopolista podríamos decir, de los talleres riojanos del *Tritium Magallum*. Este dato parece probado no solamente por las características físicas, morfológicas y decorativas de las piezas, sino también por la analítica realizada a alguna de ellas.

En cuanto a las redes o caminos de distribución y comercialización de estos productos desde sus centros de producción en estos talleres riojanos, M<sup>a</sup> P. Sáenz Preciado y C. Sáenz Preciado (1999: 70) destacan nuevamente en fechas recientes el

papel que debieron jugar dos enclaves de excepción como eran las colonias de *Caesaraugusta* y *Emerita* en los procesos de redistribución de éstas y otros tipos de producciones a través de una densa red de calzadas que las pondría en comunicación con la mayoría de las ciudades hispanas. Acabamos de resaltar en este sentido, a la hora de valorar la presencia en nuestro enclave de producciones itálicas o sudgálicas, la importancia que a nuestro juicio debieron tener las comunicaciones con *Emerita*. Con ello lógicamente no pretendemos sugerir el carácter “unívoco” de unas relaciones comerciales que por fuerza debieron ser mucho más amplias, ricas y complejas de lo que nosotros llegamos a intuir, relaciones que sin duda debieron ser de notable intensidad con otros enclaves de la Meseta Norte con las que además las comunicaciones habrían de resultar notablemente más sencillas al no existir barreras físicas de entidad.

Junto a esta presencia mayoritaria de las producciones de Tricio, documentamos al menos una pieza que evidencia un origen distinto y que parece romper esta imagen prácticamente monopolista de los talleres riojanos, nada extraña por otra parte si la comparamos con la aportada por cualquiera de los yacimientos meseteños de cronología altoimperial. Se trata en concreto de un fragmento de cuenco hemiesférico (Hisp. 37) que reproduce las características del recientemente definido “taller de las Palmetas” (Romero Carnicero, 1999: 169-208). Encuadradas en este grupo, que presenta unas características muy concretas no sólo en su aspecto físico -barniz rojo claro, casi anaranjado, brillante-, sino también en lo que respecta al elenco formal representado -exclusivamente formas Hisp. 29, 29/37, 37 y 30- y en las composiciones decorativas que desarrolla -todas ellas dentro de esquemas metopados-, se recogen una serie de piezas localizadas en algunos yacimientos del valle del Jalón, del extremo este de la Meseta Norte y de la zona norte de la meseta sur; en concreto en los enclaves de Arcóbriga, Numancia, Uxama, Tiermes, Complutum o Valeria. Nuestra pieza por tanto parece ampliar ostensiblemente hacia el W y SW la orla de difusión de un taller de carácter más regional cuyo centro de producción parece localizarse, según los últimos descubrimientos (Romero y Ruiz, 1995: 197-199), en las inmediaciones de la ciudad de *Uxama* Argaela (Burgo de Osma- Soria).

Asimismo, las conexiones con otros puntos de la Meseta Norte parecen claras también a través de las importaciones de cerámica pintada del taller de Clunia que llegan a nuestro yacimiento en el último tercio del siglo I d. C., momento de expansión de este tipo de producción (Abascal Palazón, 1986: 78-79).

Otra vía es reclamada por las cerámicas altoimperiales pintadas de la Meseta Sur que aparecen también en esa segunda mitad del siglo I d. C., con centros conocidos en Segóbriga, Villaverde o dentro de la provincia de Toledo, donde se producen piezas tan características como las formas 16 y 18 de Abascal (1986: 106-107, 116-120), y que tienen ahora a Ávila como punto más septentrional de su red de comercio. En realidad

esta vía comercial no hace sino continuar otra vigente desde época vettona y por la que llegan a nuestro territorio las cerámicas bicromas tan características del episodio tardo-celtibérico de la Meseta Sur.

### **Bibliografía:**

- ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica. Centros de producción, comercio y tipología*. Madrid.
- ALCORTA IROSTARZA, E. J. (1995): “Avance al estudio de la cerámica común romana de cocina y mesa de Lucus Augusti”. *Ceràmica comuna romana d’època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la cuestió. Monografies Emporitanes*, VIII, 201-226. Museu d’Arqueologia de Catalunya-Empúries. Empúries.
- ALVARADO GONZALO, M. D. y MOLANO BRÍAS, J. (1995): “Aportaciones al conocimiento de las cerámicas comunes alto-imperiales en *Augusta Emerita*: el vertedero de la calle Constantino”. *Ceràmica comuna romana d’època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de cuestió. Monografies Emporitanes*, VIII. Museu d’Arqueologia de Catalunya-Empúries, Empúries, 281-295.
- BENEÍTEZ, C., HEVIA, S. y MONTES, R. (1999): “Cerámica común romana del Chao Sanmartín (Grandas de Salime, Asturias). I. Vajilla de mesa y despensa”. *Lancia*, 3, 11-48.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1993): “La cerámica celtibérica gris estampillada en el centro de la Cuenca del Duero. Las producciones de Coca (Segovia)”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIX, 113-139.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila). I. El castro*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110. Madrid.
- CARRETERO VAQUERO, S. (2000): *El campamento romano del Ala II Flavia en Rosinos de Vidriales (Zamora). La cerámica*. Universidad de Valladolid. Zamora.
- CASAS, J.; CASTANYER, P.; NOLLA, J. M. y TREMOLEDA, J. (1995): “Les ceràmiques comunes locals del N.E. de Catalunya”. *Ceràmica comuna romana d’època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de cuestió. Monografies Emporitanes*, VIII. Museu d’Arqueologia de Catalunya-Empúries, Empúries, 99-127.
- DOMERGUE, C. y SILLERES, P. (1977): *Minas de oro romanas de la provincia de León, I*. Excavaciones Arqueológicas en España, 93.
- ESCRIVÁ TORRES, V. (1995): “Cerámica común romana del *Municipium Liria Edetanorum*. Nuevas aportaciones al estudio de la cerámica de época altoimperial en la *Hispania Tarraconensis*”. *Ceràmica comuna romana d’època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de cuestió. Monografies Emporitanes*, VIII. Museu d’Arqueologia de Catalunya-Empúries, Empúries, 167-199.

- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.(1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.
- JUAN TOVAR, L. C. (1997): “Las industrias cerámicas hispanas en el Bajo Imperio. Hacia una sistematización de la *terra sigillata* Hispánica Tardía”. En R. Teja y C. Pérez (Eds.), *Congreso Internacional: La Hispania de Teodosio* (Segovia, 1995), Valladolid-Segovia, 2, 543-568.
- (2000): “La *terra sigillata* de Quintanilla de la Cueva (Palencia)”. En M. A. García Guinea (Dir) *La villa de Quintanilla de la Cueva. Memoria de las excavaciones 1970-1981*, Diputación de Palencia, Palencia, 45-122.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (1985): *Terra sigillata hispánica decorada a molde de la Península Ibérica*, Salamanca.
- MARINÉ, M. (1995): “La época romana”. En M. Mariné (Coord.), *Historia de Ávila I. Prehistoria e Historia Antigua*. Institución Gran Duque de Alba, Diputación Provincial de Ávila, Avila, 281-338.
- MARTÍN VALLS, R. (1976): “Nuevos hallazgos arqueológicos en Ciudad Rodrigo”. *Zephyrus*, XXVI-XXVII, 373-388.
- MARTÍN VALLS, R., BENET, N, y MACARRO ALCALDE, C.(1991): “Arqueología de Salamanca”. En M. Santonja (Coord.), *Del Paleolítico a la Historia*. Museo de Salamanca, Salamanca, 137-163.
- MAYET, F. (1984): *Les céramiques sigillées hispaniques*, Paris.
- MEZQUÍRIZ, M.A. (1985): “Terra Sigillata Ispánica”. *Atlante delle forme ceramiche. II. Ceramica Fina Romana nel Bacino Mediterraneo (Tardo Ellenismo e Primo Impero)*, Roma, 99-183.
- MISIEGO TEJADA, J.C.; SÁNZ GARCÍA, F.J.; MARCOS CONTRERAS, G.J. y MARTÍN CARBAJO, M. A. (1999): “Un complejo artesanal documentado en la calle Arcediano de Salamanca. Aproximación a la funcionalidad de un sector de la Antigua *Salmantica*”. En R. de Balbín y P. Bueno (Eds.), *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, tomo IV. *Arqueología romana y medieval*. Universidad de Alcalá y Fundación Rei Alfonso Henriques, Zamora, 195-209.
- PAZ PERALTA, J.A. (1991): *Cerámica de mesa romana de los siglos III al VI d. C. en la provincia de Zaragoza*. Zaragoza.
- PÉREZ GONZALÉZ, C (1989): *Cerámica Romana de Herrera de Pisuerga (Palencia-España). La Terra Sigillata*. Universidad Internacional SEK, Santiago de Chile.
- POLO LÓPEZ, J. (1999): “Las cerámicas pintadas romanas de tradición indígena: aportaciones estratigráficas de la ciudad hispanorromana de Complutum”. En R. de Balbín y P. Bueno (Eds.), *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, tomo IV. *Arqueología romana y medieval*. Universidad de Alcalá y Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora, 89-101.
- QUINTANA LÓPEZ, J., CRUZ SÁNCHEZ, P.J. y CENTENO CEA, I. (2001): *Estudio de los materiales arqueológicos de la excavación de la plaza de Santa Teresa de Ávila*. Estudio inédito depositado en el Ayuntamiento de Ávila.
- QUINTANA LÓPEZ, J. Y CENTENO CEA, I. (2003): “*Ab urbe condita*. Sobre los orígenes y la romanización de Ávila”, en VV.AA., *Mercado Grande de Ávila. Excavaciones arqueológicas y aproximación cultural a una plaza*. Ayuntamiento de Ávila, 43-89 y 143-149.

- QUINTANA LÓPEZ, J., CENTENO CEA, I. Y RUIZ ENTRECANALES, R. (e.p.): “El nacimiento de la ciudad de Ávila. Nuevos datos a partir de las cerámicas del Mercado Grande”.
- ROMERO CARNICERO, M, V. (1985): *Numancia I. La Terra Sigillata*. Excavaciones Arqueológicas en España, 146. Madrid.
- \_\_\_\_\_ (1999): “El taller de las Palmetas”. En M. Roca Roumens y M<sup>a</sup> I. Fernández García (Coords.) *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales. Homenaje a M<sup>a</sup> Ángeles Mezquiriz*. Universidad de Jaén. Universidad de Málaga, Málaga, 169-208.
- ROMERO CARNICERO, M<sup>a</sup> V. y RUÍZ MONTES, P., (2005): “Los centros de producción de T.S.H. en la zona septentrional de la Península Ibérica”, en M. Roca Roumens y M<sup>a</sup> I. Fernández García (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*. Universidad de Málaga, Málaga, 183-223.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- SAÉNZ PRECIADO, M<sup>a</sup>. P. y SAÉNZ PRECIADO, C. (1999): “Estado de la cuestión de los alfares riojanos. La Terra Sigillata Hispánica altoimperial”. En M. Roca Roumens y M<sup>a</sup> I. Fernández García (Coords.) *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales. Homenaje a M<sup>a</sup> Ángeles Mezquiriz*. Universidad de Jaén. Universidad de Málaga, 61-136.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 6. Junta de Castilla y León, Valladolid.
- SERRANO RAMOS, E. (1995): “Producciones de cerámicas comunes locales de la Bética”. *Cerámica comuna romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de cuestió*. Monografies Emporitanes, VIII. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Empúries, Empúries, 227-249.
- VEGAS, M. (1973): *Cerámica común romana del Mediterráneo occidental*. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- VERNHET, A (1986): “Centre de production de Millau. Atelier de La Graufesenque”. *La terre sigillée gallo-romaine. Lieux de production du Haut Empire: implantations, produits, relations*, Paris, 96-103.
- \_\_\_\_\_ (1986): “Les Ateliers du Sud de la France. L'essor des Ateliers entre 30 et 120 AP. J-C.”. *La terre sigillée gallo-romaine. Lieux de production du Haut Empire: implantations, produits, relations*, Paris, 39-41.
- VV.AA. (1983) “Tipología de la Terra Sigillata Hispánica”. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, I, 2. Madrid, 133-136.
- VV.AA. (1986): *La Terre Sigillée gallo-romaine. Lieux de production du Haut Empire: implantations, produits, relations*. Documents d'Archéologie Française, Paris.
- VV.AA. (2003): Mercado Grande de Ávila. Excavación arqueológica y aproximación cultural a una plaza. Ayuntamiento de Ávila, Área de Urbanismo.

## APÉNDICE

### ANÁLISIS DE CERÁMICAS ROMANAS DE ÁVILA\*

M.V. ROMERO CARNICERO\*\*, A. DEL VALLE GONZÁLEZ\*\*\*,  
M.P. NIÑO SACRISTÁN\*\*\* Y F.J. ÁLVAREZ LÓPEZ\*\*\*

Se han analizado muestras extraídas de diez piezas cerámicas, nueve de ellas correspondientes a vasos de terra sigillata y la décima obtenida de una lucerna de fabricación hispánica. Dichos análisis han sido realizados en el Laboratorio de Técnicas Instrumentales de la Universidad de Valladolid (LTI). Se tomaron de 1 a 2 gramos de muestra, en cada caso, y se pulverizaron a 50 micras, para ser sometidas a análisis mineralógico mediante Difracción de Rayos X (DRX) y a análisis químico por Fluorescencia de Rayos X (FRX), siendo necesaria para el segundo la preparación de una perla. La Difracción de Rayos X se realizó con un Difractómetro Automático de Rayos X, Modelo Philips PW1710, equipado con ánodo de cobre, rendija automática de divergencia y monocromador de grafito. Para los análisis de Fluorescencia de Rayos X se utilizó un Espectrómetro de dispersión de longitud de onda Philips Modelo PW1480.

\* Los análisis y el estudio correspondiente se han realizado con cargo al Proyecto de Investigación PB98-0362 del Programa Sectorial de Promoción General del Conocimiento del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

\*\* Area de Arqueología. Universidad de Valladolid

\*\*\* Area de Cristalografía y Mineralogía. Universidad de Valladolid.

**347/56** (fig. 1, nº 5)

Los resultados obtenidos en el análisis por Fluorescencia de Rayos X (tabla 1) permiten adscribir esta pieza a la producción itálica, siendo determinante en este sentido la proporción de MnO que, con un 0,121%, supera el 0,1 como es habitual en las sigillatas itálicas. Su composición química se aproxima más concretamente a la de los vasos del Valle del Po (Beltrán Lloris 1990: 76; Schindler-Kaudelka *et al.* 1997: 490-491). La sigillata padana está escasamente representada en la Península Ibérica; no obstante, el hecho de que se haya documentado en otro punto del interior de la Meseta, caso de Numancia, y en el ámbito occidental de Hispania, concretamente en Conimbriga (*OCK*: fuentes de aprovisionamiento de Hispania Tarraconensis), permite contemplar una procedencia padana sin recurrir a su excepcionalidad.

Disponemos de análisis previos, realizados en el mismo Laboratorio, de sigillatas atribuibles a los talleres de Arezzo y Pisa, pero no del valle del Po, por lo que carecemos de un patrón para determinar con mayor seguridad la procedencia de la pieza abulense. En cualquier caso, la variabilidad observada en la composición química de sigillatas itálicas producidas en una misma área, caso por ejemplo de Arezzo y su entorno, junto al conocimiento de nuevos centros de fabricación y de las respectivas composiciones de sus productos (Ettlinger *et al.* 1990: 27-37; Schindler-Kaudelka *et al.* 1997; Olcese 2003, en general y 11-12, en particular), hace arriesgada una atribución más firme de nuestro ejemplar, por más que varios de esos centros no alcanzaran el interior peninsular.

Su composición mineralógica (fig. 17), por otro lado, se muestra afín a la de otras sigillatas itálicas que hemos analizado, sin permitir mayores consideraciones.

**315/15** (fig. 5, nº 2) y **341/428** (fig. 5, nº 1)

Las muestras de uno y otro vaso ofrecen diferencias apreciables en los porcentajes de algunos de sus componentes químicos, como silicio, calcio y fósforo, y a pesar de ello tienen semejanzas mineralógicas que permiten valorarlas conjuntamente y vincularlas con alta probabilidad a una misma área de producción. En la primera, en cualquier caso, el alto contenido de SiO<sub>2</sub> introduce un elemento distorsionador mientras que en la segunda lo hace el P<sub>2</sub>O<sub>5</sub>. Prescindiendo de ambos, los componentes pueden ajustarse en buena medida a aquellos que ofrecen los talleres sudgálicos de La Graufesenque y su entorno (Bouquet y Picon 1994: 75-80, tabla 1, talleres 1 a 6; también Beltrán Lloris 1990: 98). El Fe<sub>2</sub>O<sub>3</sub>, TiO<sub>2</sub> y MgO muestran porcentajes, no obstante, más bajos que en ese centro, inferiores también a los ofrecidos por otras piezas que vinculamos a ese importante taller y que han sido analizadas paralelamente. Por ello quizá cabría pensar, más que en la propia Graufesenque, en otros talleres próximos situados en el mismo medio geológico.

En todo caso, la filiación sudgálica y, más concretamente, con el ámbito de La Graufesenque se confirma a través de la composición mineralógica de ambas piezas. Los difractogramas (fig. 19) muestran una nítida abundancia de las plagioclasas cálcicas (anortita) que resulta característica de ese complejo productor (Sciau y Vezian 2002).

**315/38** (fig. 5, nº 5)

Si nos atenemos a su composición química, resulta difícil asignar esta copa a una industria concreta. Llama la atención el elevado contenido en MnO, que la vincularía a las sigillatas itálicas, pero esta relación no se ve ratificada por el resto de los componentes, en particular, por los bajos índices de MgO, que se sitúan más próximos a los valores que aporta este componente en La Graufesenque. Por otro lado, la sílice, con un 48,8 %, es más baja de lo habitual en cualquier producción.

Es nuevamente la composición mineralógica (fig. 20), con el predominio de la plagioclase cálcica sobre el cuarzo, la que permite vincular con ciertas garantías este ejemplar al área de La Graufesenque. Curiosamente una Drag.16 de Petavonium planteó una problemática análoga en su analítica (Romero *et al.* 2006:137, 148, 155 y fig. 4), lo que deja abierta la posibilidad de que nos encontremos, no tanto con piezas erráticas en algunos de sus componentes, cuanto con productos marginales, de un taller menos conocido o de una fase menos documentada, en el entorno geológico de La Graufesenque.

**341/62** (fig. 9, nº 4), **341/122** (fig. 8, nº 1), **341/379** (fig. 6, nº 4)

Estos tres ejemplares de sigillata hispánica, muy parecidos en sus composiciones químicas (ver tabla 1) y mineralógicas (fig. 18), proceden, a la vista de tales datos, de los talleres riojanos. Señalaremos tan solo, en relación a los porcentajes aportados en su día por M. Picon para las sigillatas elaboradas en el taller de Tricio (Picon 1984: 307), la tendencia de las abulenses a mostrar contenidos ligeramente inferiores de SiO<sub>2</sub>, MnO y MgO, pero ésta es una constante que hemos observado en los productos riojanos que hemos analizado y que hay que atribuir a las ligeras variaciones en la calibración del instrumental utilizado en el laboratorio.

**315/57** (fig. 9, nº 2)

Esta pieza de sigillata hispánica fue elaborada, de acuerdo con su composición, en el centro productor recientemente descubierto en la localidad soriana de El Burgo de Osma, en lo que fuera un área artesanal situada en la proximidades de la ciudad romana de Vxama (Romero y Ruíz 2005: 197-199 y 216-218, figs. 7-9), constituyendo hoy por hoy el punto más occidental en la distribución de sus artículos. La nota distintiva en la composición química de este centro es la baja proporción de MgO, siempre inferior al 2% y rondando con frecuencia el 1%. En este caso se sale de lo habitual la elevada proporción de MnO, pues los valores medios suelen rondar el 0,35%, pero no creemos que esa divergencia merezca una mayor consideración. Los componentes mineralógicos reflejados en el difractograma (fig. 21) reiteran la misma atribución y revelan a través de la presencia de trazas de illita una cocción a temperatura inferior a la de otras sigillatas.



Los rasgos formales y decorativos de la pieza no desmerecen en absoluto su adscripción al complejo alfarero uxamense, en el que se vincula más concretamente a la producción del denominado en su día “taller de las palmetas” (Romero 1999).

### 347/65 (fig. 1, nº 6)

Esta pieza, un ejemplar de forma 37 de terra sigillata hispánica tardía, se asimila tanto por su composición química como mineralógica (tabla 1, fig. 22) a la pieza precedente. Por otro lado, la baja proporción de CaO en este caso, con un 4,39%, no ha de extrañar en una sigillata tardía, por cuanto éste es un rasgo característico de las producciones bajoimperiales (Picon 1984: 305). En realidad, podríamos haber agrupado las dos piezas para su comentario por considerarlas originarias de un mismo centro productor de no ser éste sobre el que ahora tratamos un ejemplar tardío y, lo que es todavía más notable, ofrecer una composición química claramente análoga al *grupo 1 bis* del Conjunto G identificado por M. Picon (1984: 315-316) en la sigillata hispánica bajoimperial.

Tomando esta analogía literalmente, cabría hacer una equiparación entre los dos ejemplares abulenses, el taller del Burgo de Osma y los ejemplares del mencionado *grupo 1 bis* del Conjunto G. Si tenemos en cuenta no obstante que, de las 51 piezas que integran dicho grupo, 43 provienen de Conimbriga, 8 de Mérida y una de Torre de Palma, en tanto que ningún ejemplar tardío de Clunia se incluye en él, podrán comprenderse nuestras reservas a la hora de hacer esa simple ecuación. A ello se añade el que no conozcamos ningún molde tardío procedente de Uxama, ni tengamos indicios allí de fabricación de sigillatas bajoimperiales, aunque se hayan recuperado ejemplares notables de esta época (Saquero *et al.* 1992).

Con todo, los ejemplares clunienses del Conjunto G –varios de ellos marginales al *grupo 1 bis* y otros integrados en el *grupo 2*– muestran semejanzas con los anteriormente señalados, semejanzas que, según Picon (1984: 315-316), han de explicarse por la proximidad de los talleres en que se elaboraron las piezas de uno y otro grupo, que debieron estar situados en el mismo contexto geológico, la cuenca terciaria del Duero.

En fechas más recientes han sido sometidas a análisis nuevas muestras de sigillata tardía hallada en Clunia, un total de sesenta, que han permitido definir nueve agrupaciones diferentes por su composición química. La de la pieza abulense no es muy diferente de la que proporcionan algunos de esos Grupos, como el G2, G8 y G9 (Palol *et al.* 1991), sin que sea posible extraer más consideraciones que la mera afinidad.

En definitiva, no podemos descartar en absoluto que el ejemplar tardío que nos ocupa provenga de El Burgo de Osma, pero aún menos podemos afirmarlo pese a lo atractivo de tal formulación. El vaso abulense, decorado con una guimalda en la que se reconocen los roleos de acanto, realizados curiosamente a mano alzada en el molde, muestra una ornamentación vege-

talizada extraordinariamente singular en la sigillata tardía y hoy por hoy sin paralelo. La pieza fue elaborada en un taller del valle alto o medio del Duero, quizá en ese mismo taller que, a decir de Picon, obtuvo una más que notable difusión, compitiendo con fortuna con los centros riojanos.

### 341/561 (fig. 10, nº 3)

Con esta pieza entramos en otra producción y en consecuencia en otra problemática. Se trata de una lucerna de fabricación hispana, derivada del tipo Dressel 3 y documentada ya en un número importante de yacimientos, entre ellos varios del noroeste de la Península (Bernal 1993; Morillo 1999: 100-104; Carretero 2000: 751-755).

El difractograma de esta muestra (fig. 23) revela la abundante presencia de gehlenita, acompañando al cuarzo y a los restos de plagioclasas, así como de piroxenos, formados durante una intensa cocción que se acercaría a los 900°C. Con ello, los filosilicatos ferromagnesianos (cloritas) habrían desaparecido totalmente a favor de la formación de los mencionados piroxenos. La presencia de gehlenita es indicativa de un rango de proporciones calcita/feldespatos, en la pasta de partida, que no es frecuente en los medios naturales y que más bien nos hace pensar en el uso de una mezcla “calculada” de calizas con arenas cuarzo-feldespáticas en las proporciones adecuadas para la obtención de este resultado.

La elaboración de este tipo de lucernas está bien atestiguada en los talleres de Los Villares de Andújar (Sotomayor *et al.* 1981: 309-316 y lám. I), pero en los últimos años se ha sugerido su producción también en Córdoba (Bernal 1993: 210-218) y Mérida (Rodríguez Martín 1996: 57, 63-64 y 143-144), a raíz tanto de su fuerte presencia numérica como de su hallazgo en contextos que ofrecían indicios de la existencia de alfares. Desde el punto de vista tipológico la forma a la que más se aproxima el ejemplar abulense es la A-1 de Andújar (Sotomayor *et al.* 1981: 313, fig. 2, núms. 1-2, lám. I), aunque tampoco faltan algunas divergencias, entre ellas el orificio de aireación y la marca X que muestra esta pieza.

Los hallazgos de este tipo de lucernas se han venido multiplicando en el noroeste peninsular, como ya hemos señalado. Varios de los ejemplares del área astur, concretamente de Astorga y León, han sido sometidos, por otros autores, a análisis por Difracción de Rayos X, conjuntamente con otras lucernas procedentes de los alfares de Los Villares de Andújar (García Jiménez *et al.* 1999). La composición mineralógica de unos y otros ha permitido, pese a la dispersión que ofrecen las muestras jienenses, separar éstas, más ricas en sílice, de las leonesas, en general más ricas en calcio y agrupadas en el diagrama. Para estas últimas, dichos autores suponen un origen meridional, vinculado al comercio del aceite, pero descartan su procedencia de Los Villares de Andújar. Lamentablemente, los resultados de estos análisis no son comparables con los nuestros ya que las condiciones de trabajo no han sido las mismas.

Tampoco es fácil aquilatar con respecto a la composición química de nuestra pieza. Contamos con la referencia de los análisis efectuados a otras cuatro lucernas “tipo “Andújar” procedentes de Petavonium y Astorga (Romero *et al.* 2006:138, 148, 155 y fig.5) y que otorgan al quinteto cierto aire de familia, pese a las notables variaciones que ofrecen en algunos de sus componentes. Recordar también que en su día M. Picon sometió a análisis químico un grupo de cerámicas béticas de Andújar, entre las que se contaban sigillatas, vasos ibéricos pintados, cerámica común, cerámica de paredes finas y dos lucernas, así como arcillas del entorno del alfar y de áreas alejadas entre 10 y 25 km (Picon 1984: 310-314). Por la dispersión de los resultados, las composiciones fueron divididas en cuatro grupos en virtud de los porcentajes medios de sus componentes. Al ofrecer los resultados, no se especificó en qué grupo se incluían las dos lucernas analizadas, aunque cabe suponer, dadas sus características, que se integraron en el 1 ó en el 2 y con más probabilidad en el 1, en el que se encuentran las producciones más antiguas del alfar.

Respecto a dichos grupos, las lucernas meseteñas están más próximas al 1 y al 2, y la abulense en particular al grupo 1, pese a presentar un contenido de CaO inferior a la media de dicho grupo. Conviene señalar finalmente que la similitud con las composiciones químicas de Andújar, incluso en la circunstancia de que fuera aún más acentuada que en nuestro caso, tampoco implicaría necesariamente esta procedencia pues, como en su día insistiera Picon (1984: 313), aquellas pastas corresponden a arcillas de formación sedimentaria que pueden encontrarse a distancias relativamente amplias, tanto en el valle del Guadalquivir como en otras cuencas terciarias.

	Fe2O3	MnO	TiO2	CaO	K2O	SiO2	Al2O3	P2O5	MgO	Na2O
347/56	6,61	0,121	0,85	7,51	2,72	58,5	17,85	0,27	3,2	0,0
315/15	4,51	0,060	0,84	10,65	3,08	65,2	19,03	0,47	1,9	0,4
341/428	4,90	0,053	0,84	11,6	3,24	56,4	19,11	1,99	1,9	0,4
315/38	5,06	0,174	0,92	12,51	3,40	48,8	20,75	0,70	2,2	0,3
341/62	6,08	0,033	0,79	7,83	3,77	54,9	19,31	0,31	2,6	0,3
341/122	6,24	0,028	0,79	8,08	3,98	53,3	20,25	0,13	3,2	0,3
341/379	6,28	0,049	0,81	7,45	3,99	53,4	20,35	0,26	3,1	0,3
315/57	5,47	0,071	0,75	8,82	3,82	55,0	18,09	0,34	1,4	0,4
347/65	5,79	0,022	0,96	4,39	2,48	60,7	18,54	0,13	0,6	0,7
341/561	4,84	0,07	0,71	13,3	2,13	53,4	14,78	0,49	2,3	0,5

Tabla 1: Composición química de las muestras obtenida por Fluorescencia de Rayos X (FRX)

## Bibliografía

- BELTRÁN LLORIS, M. (1990): *Guía de la cerámica romana*, Zaragoza.
- BERNAL CASASOLA, D. (1993): “Una pieza excepcional del Museo Nazionale de Roma y el problema de las lucernas tipo Andújar”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Hª. Antigua*, 8, 207-220.
- BOCQUET, A. y PICON, M. (1994): “La Graufesenque et les autres ateliers de la Gaule du Sud: problèmes d’analyses et de techniques”. *S.F.E.C.A.G., Actes du Congrès de Millau*, 75-82.
- CARRETERO VAQUERO, S. (2000): *El campamento romano del ala II Flavia en Rosinos de Vidriales (Zamora). La cerámica*. Zamora.
- ETTLINGER, E. et alii (1990): *Conspectus formarum terra sigillata Italico modo confectae*. Materialien zur römisch-germanischen Keramik, 10. Bonn.
- GARCÍA GIMÉNEZ, R., BERNAL CASASOLA, D. y MORILLO CERDÁN, A. (1999): “Consideraciones sobre los centros productores de lucernas tipo Andújar: análisis arqueométrico de materiales procedentes de Los Villares de Andújar (Jaén) y de la submeseta norte”, en J. Capel Martínez (Ed.), *Arqueometría y Arqueología*. Granada, 187-195.
- MORILLO CERDÁN, A. (1999): *Lucernas romanas en la región septentrional de la península ibérica. Contribución al conocimiento de la implantación romana en Hispania*. Monographies instrumentum, 8/1 y 2, Montagnac.
- OCK : OXE, A., COMFORT, H. y KENRICK, P. (2000): *Corpus Vasorum Arretinorum*. 2ª. ed., Bonn.
- OLCESE, G. (2003): “Terra terra sigillata italica a Roma e in area romana : produzione, circolazione e analisi di laboratorio”. *Rei Cretariae Romanae Fautores Acta* 3, 11-26.
- PALOL, P. de, GURT, J.M., TUSET, F., PLANAS, C., BUXEDA, J. CAU, M.A. y ALCOBÉ, X. (1991): “Clunia: centro productor y receptor de terra sigillata hispánica”. En P. de Palol et alii, *Clunia 0. Studia Varia Cluniensia*. Excma. Diputación Provincial de Burgos, Valladolid, 398-408.
- PICON, M. (1984): “Recherches sur les compositions des sigillées hispaniques. Techniques de fabrication et groupes de production”, en F. Mayet, *Les céramiques sigillées hispaniques*. Paris, 303-317.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F.G. (1996): *Materiales de un alfar emeritense: Paredes finas, lucernas, sigillatas y terracotas*. Cuadernos Emeritenses, 11, Mérida.
- ROMERO CARNICERO, Mª V. (1999): “El taller de las palmetas”, en M. Roca Roumens y Mª I. Fernández García (Coords.), *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales*. Universidad de Jaén y Universidad de Málaga, Málaga, 169-208.
- ROMERO CARNICERO, Mª V. y RUÍZ MONTES, P., (2005): “Los centros de producción de T.S.H. en la zona septentrional de la Península Ibérica”, en M. Roca Roumens y Mª I. Fernández García (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*. Universidad de Málaga, Málaga, 183-223.
- ROMERO CARNICERO, Mª V., CARRETERO VAQUERO, S., VALLE GONZÁLEZ, A. del, NIÑO SACRISTÁN, Mª P. y GONZÁLEZ DE GARIBAY, V. (2006): “La comercialización de produc-

- tos cerámicos en Petavonium”. En A. Morillo Cerdán (Ed.) *Arqueología Militar Romana en Hispania. II: Producción y abastecimiento en el ámbito militar*, León, 135-166.
- SAQUERO MARTIN, B., GUERRERO ARROYO, J. y CARRETERO VAQUERO, S. (1992): “Conjunto de TSHT procedente de Uxama (Osma, Soria)”. *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1989, Soria, 885-898.
- SCHINDLER-KAUDELKA, E., SCHNEIDER, G y ZABEHLICKY-SCHEFFENEGGER, S., (1997): “Les sigillées padanes et tardo-padanes. Nouvelles recherches en laboratoire”. *S.F.E.C.A.G, Actes du Congrès du Mans*, 481-493.
- SCIAU, Ph. y VEZIAN, A. (2002) : “La composition minérale des pâtes des sigillées de la Graufesenque: un bon moyen de déterminer la température de cuisson”. En A. Guenin, y A. Vernhet, A. (dirs.), *Céramiques de la Graufesenque et autres productions d’époque romaine. Nouvelles recherches. Hommages à Bettina Hoffmann*, Montagnac, 181-190.
- SOTOMAYOR, M., ROCA, M., SOTOMAYOR, N. y ATIENZA, R. (1981): “Los alfares romanos de Los Villares de Andújar (Jaén, campaña 1978-1979)”. *NAHisp.*, 11, 307-368.

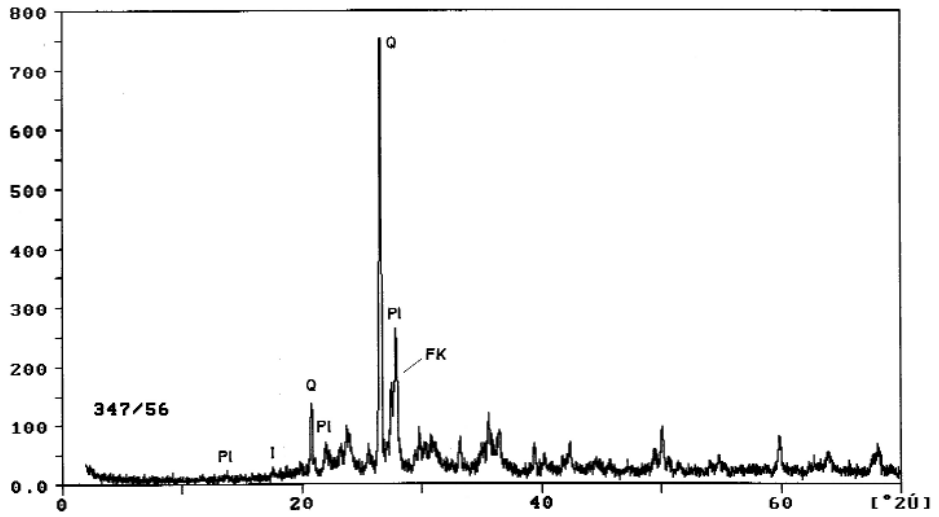


Fig. 17. Dictograma de la muestra 347/56

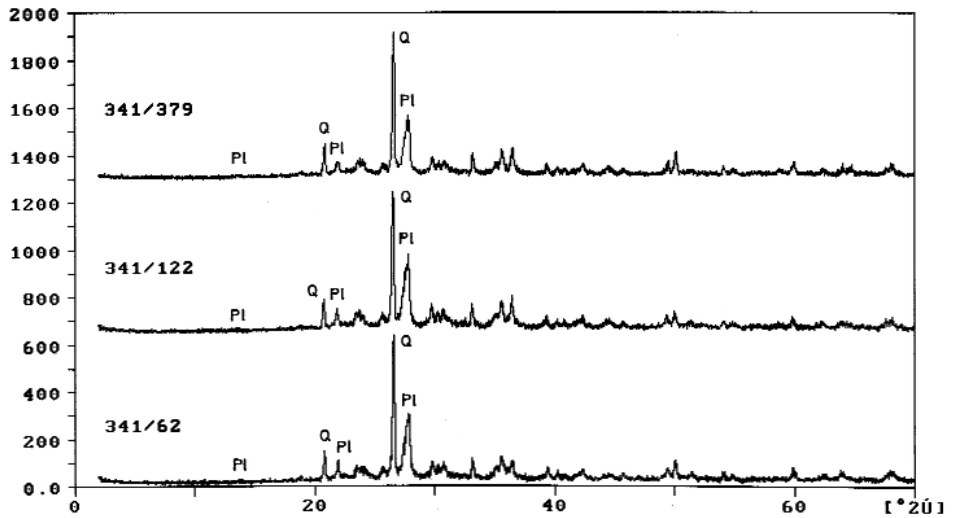


Fig. 18. Dictograma de las muestras 341/62, 341/122 y 341/379

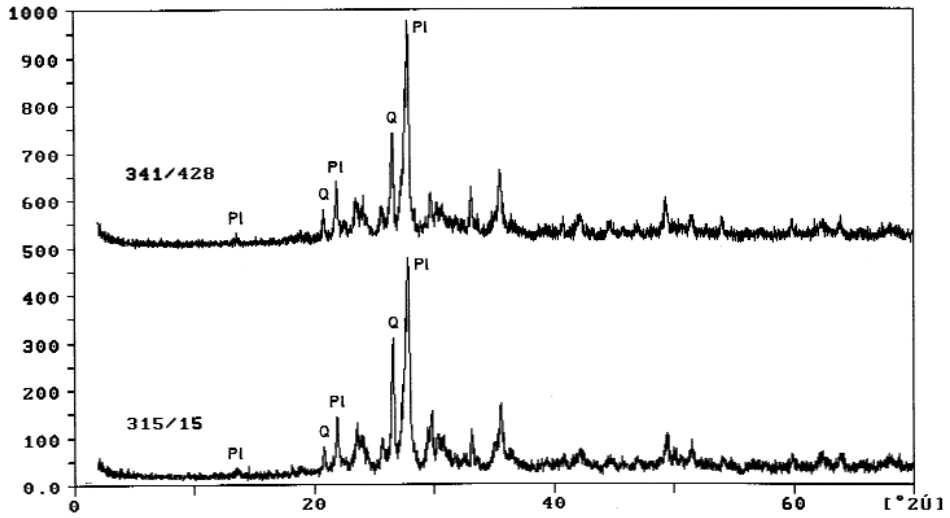


Fig. 19. Difractograma de las muestras 315/15 y 341/428

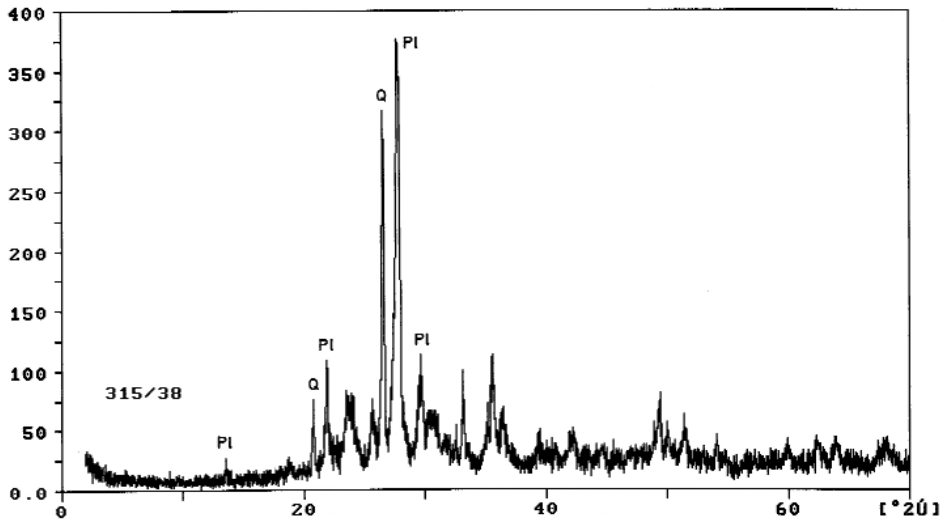


Fig. 20. Difractograma de la muestra 315/38

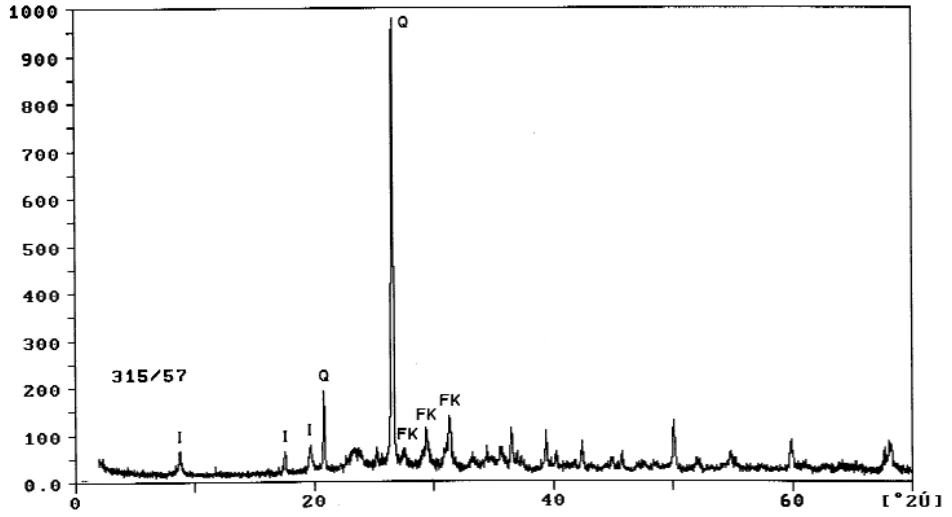


Fig. 21. Difractograma de la muestra 315/57

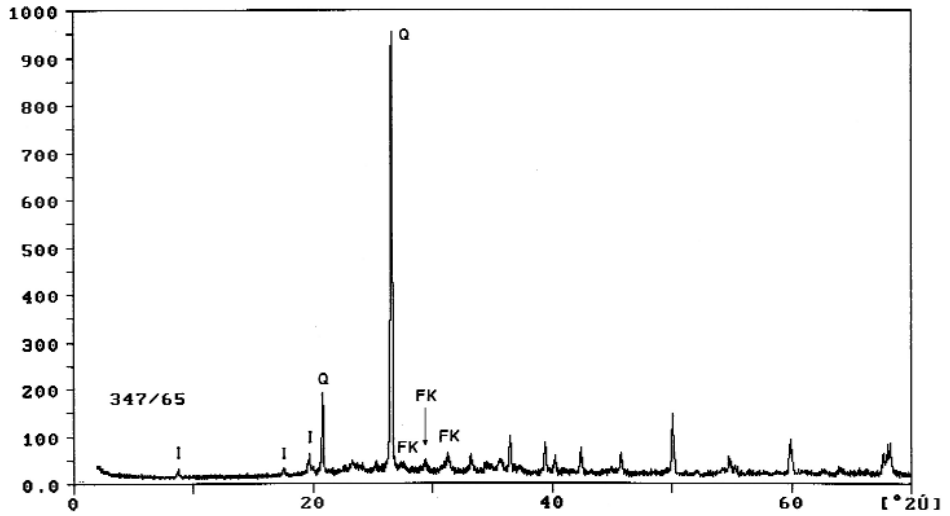


Fig. 22. Difractograma de la muestra 347/65



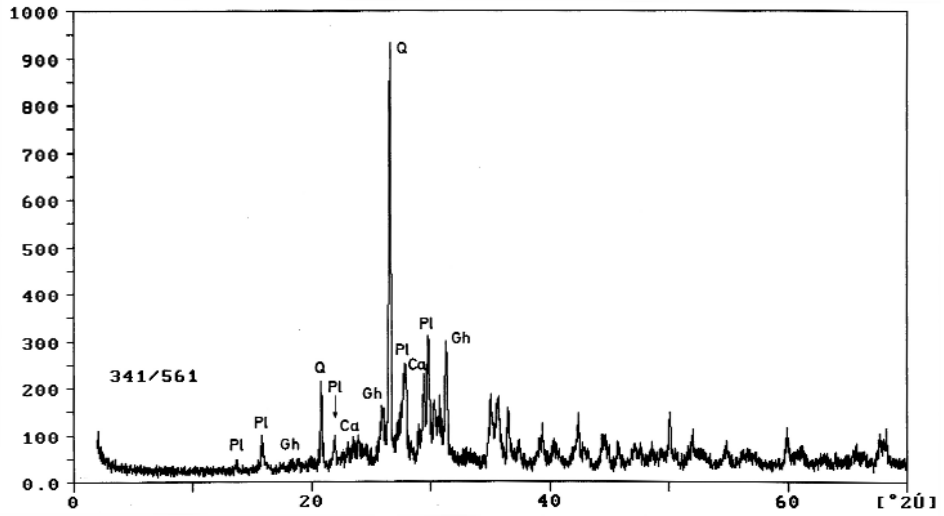


Fig. 23. Difractograma de la muestra 341/561

